

Fabián A. Espinosa Díaz

SÓRDIDO
CALUMNIAS

PROLEGÓMENOS

DE

Leopoldo Quintanillas

PROLEGÓMENOS

Decía *HUBERTON*¹ que la literatura, la palabra en sí, es un fenómeno multidimensional, y que por lo tanto, su estudio, si se honra de serlo, debe ser pluriperspectivo, polifocal. Acorde a la premisa y entendida la palabra como el centro abstracto del que irradian los ejes de una naturaleza concreta, la literatura en diametral oposición, sería creación y creadora, hecho y hacedora.

Notablemente **SÓRDIDO CALUMNIAS** es un texto como pocos, en el que se conjugan estas dos realidades, el texto es en el mundo, el texto crea mundo, puesto que la palabra en él aumenta sus posibilidades anadiaspóricas, la lectura y relectura abrirán un proceso continuo, inacabable. La expresión se transformará en experiencia y la observación que intente establecer axiomas se perderá en recurrentes silogismos que sólo aceptarán una verdad si esta deviene de la paradoja.

Más conveniente (y agradable) introducción al mundo de **SÓRDIDO CALUMNIAS**, sería de antemano conocer el tratamiento que *ESPINOSA* dará al signo como enunciación formal e invariable, y al significante como contenido en constante cambio y retorno, en constante suplantación del *logos* por el *fonos*, suplantación que se repetirá a menudo con el subterfugio de la función lúdica como poética cognitiva; inversión que se dará a partir de un método que se dinamizará con la concertación de una práctica casi sátira, casi emulante, con percepciones no con preceptos.

ESPINOSA llevará la cuestión, el asunto, siempre más allá de los convencionales disparadores de la acción. Como en el mundo de la letra, sus personajes conformarán al verdadero funcionamiento de la acción a partir de su naturaleza misma, ya totalmente independiente de las relaciones, del sintagma, como si **SÓRDIDO CALUMNIAS** desista de la gramática de trama e insista en las ilimitaciones del mismo hecho.

Por todo esto ya no será sólo una suposición el acto de la acertada relectura, más bien, como una fuente que se renueva, la imaginación construirá a partir de esa multiplicidad inherente al texto nuevas posiciones pro y pre, una escalada que se definirá como oportuna, toda vez que se intercambie la aparente referencia por el indicio puro, metalingüístico.

SÓRDIDO CALUMNIAS placará ridiculizando a la razón, proyectando la amalgama, irrumpiendo la acción hacia un realismo de peripecias que mutan, que se disgregan, que se contorsionan como la naturaleza de una realidad o la ficción de varias realidades.

Sin duda **SÓRDIDO CALUMNIAS** es uno de esos casos excepcionales en los que el texto no termina en las páginas, en el que el texto no comienza con la lectura.

Leopoldo Quintanillas

Crítico Literario. Editorial Mediteo

ÍNDICE

MARTÍNEZ QUE GRITO	9
EL FRESCO	14
DE VIAJES (BITÁCORAS)	15
22:50	19
LOS PÉREZ	20
LO QUE QUEDA DE UN PAYASO	24
LAS NUEVAS FILOSOFÍAS	27
KAFKIANA	29
EL PATIO	30
EL BOLSO DE PAPEL	40
EL OCUPADO	46
LLAMAME MÁS TEMPRANO	49
DE CALDO LAS VUELTAS	51
SAMUDIO	55
PRIMERA MISCELÁNEA DE LUNARES	61

MARTÍNEZ QUE GRITO

Saliendo de la casa a mano izquierda había siempre un inmenso grito de alegría esperando poder asaltar a cualquier persona. Siempre al acecho el inmenso grito de alegría esperando al salir de la casa a mano izquierda.

Tal vez, Martínez, de haberlo sabido antes... Martínez tal vez no hubiera cometido el desacato o no hubiese tenido el atrevimiento... Martínez de haberlo sabido... desnudarse y correr río abajo, sin saber del grito, o pensando en otras cosas, se desnudó Martínez y se echó a la carrera, desnudo, río abajo.

Pero mientras el café, tantas cosas que se le pasan por la cabeza... mientras el café, recordar el primer beso y la primera vez que vio a un muerto; el primer cigarro escondido en el ropero, como si el humo en la ropa, y encerrado escondido el primer cigarro en el armario; su primera vez ante un muerto, y también su primer beso. Con la prima, sin cigarros, siempre en el clóset, recordá Martínez, mientras el café, y la primera de las víctimas: vos mismo, Abel. El primer cuarto de hora mientras el café recordando y otra vez esa luna llena ahogada de ahogos en el charco de lágrimas el charco. Recordó, mientras el café y lágrimas por todo.

Pero, mientras el café Martínez no pensó sólo en eso: mientras el café sintió-pensó también cómo Caín y que Joana aún burlándose, ¿quién sabe desde dónde?, ¿desde cuándo?; y que el hijo mirándolo encerrado, mientras el café, encerrado el hijo, a través del ojo de la cerradura mirándolo, desde el baño encerrado, y mientras, Joana, burlándose aún, ¿quién sabe desde dónde?... ¿desde cuándo?

Supuso, Martínez se imaginó, que el Señor Solabarrieta le pasaba el sobre con tres miserables monedas y que le cortaban el agua, la luz y las venas... tres miserables mientras el café y que Caín, su único y mejor amigo, Judas, le confesaba lo inconfesable.

Pensaba-sentía Martínez a Joana riéndose de él todavía, en todas partes, a cada instante, desde siempre; que el niño no tenía nada que ver y encerrado desde el baño, Papito, déjame salir, Papi, no vería nada. Mientras el café entonces, Martínez, poné bien fuerte la música y no escuches más a

Papito, déjame salir, el llanto del niño encerrado en el baño, porque tarde o temprano, y sería mejor cuanto antes, porque siempre cuanto antes, mejor, el niño encerrado se cansaría el niño, para luego dormir alguna siesta extraña. Y aunque mil veces despierto, despierte el niño de su sueño gritando de nuevo (aunque nadie lo escuche, y sí al estruendo de la música) que ya está listo, que hay que limpiarlo, que el niño de cansancio, pena o hambre volvería a caer dormido, hasta que de hambre, pena o cansancio, o quizá de algún mal secreto se dejaría finalmente dormir para siempre el niño encerrado en el baño, y ya no volver a despertar.

Mientras el café, dejaría Martínez a los tres cadáveres en la casa, ¿los dejaría? Pero recordó Martínez que pensó en todo esto o que lo sintió, Martínez, cuando ya hubo concretado todos los planes, y un poco afectado no por tanto crimen, sino más bien por lo de la Judeca y la Caína tuvo que salir Martínez, sin darse cuenta, salir, del grito de alegría escabullirse, sin saberlo, saliendo de la casa, así, Martínez que tuvo que salir y el grito no lo asalta y por eso desnudarse de ropas y de pieles y de mentes, y demente Martínez desnudo y salir corriendo río abajo, sin que ya nada importe demasiado Martínez, porque nada importa a estas alturas demasiado.

Martínez entonces, de pronto, mientras el café ve a Joana poniendo la mesa o sacándola para el desayuno, el almuerzo y la cena, y el niño, mientras el café, gritando desde el baño para que lo limpien ¡Mami ya está, Mamá!, y Martínez que se cree absoluto y finge sordera, porque tal vez sea él un poco absoluto, o porque es muy poco calificado además de absoluto, y porque no se atrevería jamás, Martínez, a hacerle algo a ella, ¡cobarde!, no, Martínez poco calificado o absoluto, ni a ella, ni al niño, ni al único y mejor amigo. No, Abel Martínez, quizá porque tengas sólo una mujer, un amigo y un hijo, quizá por eso... y mientras, el café que se enfría, ¡Mamá!... ¡Ya está!

Después del café, Martínez, que a los veinte sepultó definitivamente al Abel, se despidió de ella besándola, asco, repugnancia, ella, él también. Se despidió, igualmente del hijo, con el mismo beso, pero disculpándose, a él, también al niño. Y una vez que todo estuvo en orden sobre la mesa, después del café, Martínez pensó que todo era demasiado para sus veinticinco, pero Martínez absoluto y poco calificado, ¿qué vas a hacer? Martínez el absoluto, el descalificado, no haría nada,

como no lo hizo a los veinte, no haría nada Martínez absoluto, calificación, ni a los veinte, ni a los veinticinco, ni a los cincuenta, ni al morir... y así Martínez, seguí, continuá, que te va a ir mal Martínez, que se sintió además impasible y que sintió, además, como todo iba a ir de mal a peor Martínez, pero lo único que podrías hacer, después del café, sería seguir fingiendo, cumpliendo ese rol impasible, absoluto, todavía un poco más, y otro más, descalificación, pero dale, sonreí Martínez con cara de tanto casual, y sin llorar, porque Martínez sos hombre, y los hombres no lloran Martínez, no llores, alguien, siempre está mirando, y a veces, peor aún, a veces nos observan. A vos también.

Más adelante en el tiempo, en el espacio, Martínez absoluto, simple, mediante balbuceos las cosas pedí. Pero ahora, Martínez, voy a tener que correr, porque entre tanto tanto se me hizo tarde y no llegaré a tiempo al tiempo, y por el aire ciento.

El Señor Solabarriente gritándome y yo sonriendo como tonto feliz, absoluto, primitivo, aunque me baje el sueldo por llegar tarde, y para excusas, otra vez no, la misma excusa Martínez, la misma excusa escueta, cansina, puro hilo sin puntada, ¿qué le pasa?, Martínez sonrío nervioso, como tonto, como el buen infeliz que es, como expiando culpas propias y ajenas, le sonrío al Señor Sobalarrienda, y le dice cosas, discúlpeme, si señor, no volverá a ocurrir, y ahoga exabruptos.

Pero, antes de lo que vendría luego, Martínez confundido, ausencia de si, relatividad contra él, contra lo absoluto, porque las cosas en su cabeza ya no tienen el mismo lugar, reacciona, Martínez realmente, río abajo corriendo, desnudo, un poco más y llega al más allá, lo tiene todo a un par impreciso de metros, antes del río, polvo al polvo, no eres pez, anfibio, ni ave, gusanito de tierra. Completamente desnudo, intentando con todas sus fuerzas alcanzar el río, mientras a sus espaldas, afuera de la casa, ese grito de alegría, ese inmenso y orgiástico grito de alegría, sigue esperando a cualquier persona, para asaltarla. Pero Martínez no se merece un grito de alegría, o porque se lo mereciera el destino logra que no sea a Martínez a quien el grito de alegría aceche, y aún así a alguien le sucederá.

Y... dígame Martínez, Martínez, no me sonría así, como un imbécil, ¿por qué llega tarde otra vez? Una más Martínez, una sola llegada tardía más, y hágame el favor de no volverse a aparecer... y ¡zas!, cortocircuito, exabrupto, nueva realidad, primer pensamiento: ¡pero no!, vuelve a pensar: ¡no!, y habla, Don Emiliano Solbarrireta, se lo dice, ¡no!, Don Emiliano métase a la empresa por donde le quepa y déjeme en paz, porque absoluto y descalificado, aún para mi propia existencia, así como soy me voy, y repito, como soy me voy, y no vuelvo Don Emalanio, no vuelvo. Conmoción.

Martínez extrañado de sí, porque las cosas en su cabeza... Martínez extrañado evita pensar y sale satisfecho pero sin el pan para la casa. Entonces, ahora sí, antes de entrar, buscando las llaves en algún bolsillo, el grito de alegría a mano derecha, afuera de su casa antes de entrar o cuando entra lo asalta, y Martínez se sobresalta Martínez sonrío y se divierte y grita para luego sobreponerse... abre la puerta y la mujer con las piernas abiertas que no lo espera a él pero grita y se divierte y se sobresalta Judas Caín, su único y mejor amigo. Entonces Martínez nada de sospechas infundadas y Judas Caín que se excusa, y Martínez que no escucha y no se enfada, se ríe se divierte, y siente un calorcito recorriéndole alguno de sus cuerpos.

No mata a Joana, ni al único y mejor amigo, porque aunque todo dé vueltas y esté todo mal, Martínez nunca mata a nadie, y papito, ¿por qué te vas?, el niño que algo ha escuchado y no te vayas, viniendo desde su cuarto, ¡te dije que no salieras!, le grita Joana casi desnuda, quizá con una teta afuera o las dos, grita casi desnuda aún caliente, por gritar grita Joana que tiembla de placer, de nervios, y no de alegrías, vuelvo pronto, Martínez al niño, volveré, es un viaje del trabajo. Pero Martínez que eso le dice al niño porque no sabe qué otra cosa inventar, porque Martínez absoluto y calificación como es, sabe que no volverá.

Sale de la casa, ¡salí Martínez de la casa!, ¡salí!, Martínez que sale de la casa y se desviste para correr río abajo. Pero Martínez, ¡dale, desnudate!, absoluto y un poco ausente no va a llegar al río, desnudo, porque a mitad de camino un camión lo interceptará, ¡cómo no mirás para cruzar!, Martínez, que corre desnudo y cruza sin mirar, y así una luz fortísima, una incandescencia, mientras a él, pura indecencia, y desnudo e inconsciente, se le repite todo: primero el café y y otras nuevas

ganas de vomitar. Luego el grito primitivo del nacimiento y cada día de su vida, repitiéndosele, restregándosele en la cara cada derrota diaria, repetir, reprobar, el grito se le repite, el de alegría, el suyo, el de Joana, las disculpas, hasta casi vomitar los recuerdos Martínez desnudo y desangrado en el piso indecente, inconsciente Martínez cerrando los ojos sin cerrar, sin una lágrima, preparado para que alguien lo vea, Martínez sangrando, sangrando más. Está desnudo en medio de la sociedad el loco, mejor muerto, que nadie llame a una ambulancia, es loco, lo ve alguien a Martínez en el piso desangrado sin llamar a una ambulancia, para dejarlo en paz morir, y así, sí, Martínez que se encontró con el grito y la historia le pasó, no supo nunca él, si antes o después del café, Martínez murió.

EL FRESCO

Con el índice y el pulgar se sobó la barbilla, intentando parecer un pensador, delatado por la ausencia de pelos. Dejó caer el brazo a la altura del mundo y contempló su tristeza en el gris cemento mal mezclado del piso, una corriente de aire frío le recorrió el espinazo. El asfalto en ebullición, y arriba, bien alto, las nubes, las gotas impacientes, se respira humedad. El calor que se lo engullía todo a pesar, o justamente a causa, del agua por caer, la duda, la cavilación.

Sin música, pero un poco inconscientemente tratando de entrar a tempo en el 6/8 de la polca que se le dibuja con pentagramas y anotaciones al margen, sorbe un trago, espera un compás, y otro mucho más largo.

Minutos más tarde, cuando la canción ya es otra, convulso, perverso y receloso abraza fuertemente su propio vientre. Endemoniado incubando quién sabe qué tipo de adefesio en sus entrañas. Cada nueva embestida es más fuerte, las contracciones, un solo y largo retortijón, cada vez más adiós... a cada instante, un nuevo y repentino temblor, evasión, retortijón... la muerte, la mente, tras el otro, asiéndose instintivamente, ser desecho, a sí mismo, maltrecho, buscando calor, perplejo, en un momento de atención, confuso, se dejará morir, convulso, un pensamiento, es un desagüe, vaciándose, quiere decir adiós.

El fresco con el dibujo de un ratón con las patas para arriba, imitando al de poca barba retorcido en el cemento gris, ámbar, canela, yerba mate, y yerba muerte color de habitación. O, el hombre imitando con su cuerpo la posición del repugnante roedor dibujado en la etiqueta del frasco, un fresco que ahora rueda a escasos centímetros de los dedos del hombre... yerto.

Sobre la mesa todavía descansan sus planes alternativos, únicos testigos del momento crucial.

DE VIAJES (BITÁCORAS)

BITÁCORA DE VIAJE UNO

Sabíamos, mis pocas cosas y yo, que el viaje no sería cosa fácil. Por lo de siempre, sobre todo al principio: frío, miedo al agua, la soledad, la locura, la noche, la luna, de día el sol, vértigo, las luces, lejana la ciudad, los pájaros y ningún árbol, las nubes sin lluvia, el viento, la inexistente elocuencia de las inexistentes apreciaciones de inexistentes compañeros de viaje, la incertidumbre ante la única certeza, la carencia de líquidos, el oxímoron en alta mar, los ataques de agorafobia, el entumecimiento paulatino y tortuoso de los músculos, los dolores de cabeza más de una vez, la paradójica sed, la pena, el recuerdo de ojos verdes, azules, cafés, los míos rojos, demasiada sal, un mareo, dos o tres, el fantasma de la hipotermia, la imperceptible nada, el calor, el miedo al aire que respiro, la compañía de mis infinitas personalidades, la cordura exclusiva, las probabilidades de un par de eclipses, la incomprensible destrucción del medio, alguna que otra duda, el amor, el odio que alguna vez sentí por todo y hoy todo ausente, las algas marinas, las profundidades abisales, ¿qué habrá?, esos comentarios más presentes que nunca dándome vueltas, rondando, al acecho, saber que no se sabe. Contención después de tantos desafueros, borrachera de ideas, la aprehensión a todo y el innecesario control sobre el yo. ¿Qué hacer? Yo, el tedio, el hombre mediocre, las absurdas medicinas.

Olvídenlo, son sólo miedos, el viaje ya tenía fecha y todos saben, (mis cosas también), que desde cierto punto, uno, hombre determinado, ya no puede volver atrás.

Hay noches en las que pienso que no podré hacerlo, y no duermo: sin embargo, intempestivamente, ya lo hice, estoy a la deriva, casi sonambólico en el bote, durmiendo, solo, alta mar, alta muerte, la idea es, ya, un hecho... siempre que pienso un poco de más hecho un poco de menos esos ojos.

Llegué a una isla de naturaleza plena.

Sin saber desde cuando me hallé en el camino, rodeado por cientos de árboles, arbustos, plantas y pasto, caminando sin saber desde cuándo, sin saber por qué.

No existía noción de tiempo. No existió de lugar y sólo sensaciones, calambres en las piernas, intolerancia al verde, alergia al polen y viento sur, pero sobre todo la infame sensación de saber que detenerse en cierto punto-ahora es en vano. Entonces, tuve que seguir, con ronchas por todo el cuerpo y al sur, sin explicaciones, simplemente al sur.

La luna sonriéndome y desapareciendo entre nube y nube, las estrellas cambiando de ubicación... mente constante, idea, presencia, dilución, de día una que otra sensación, pero en las noches no podía parar, de ahí la terrible desesperación. Llevaban, mis piernas, prisa inexplicable, yo no lograba, siquiera, intuir por qué.

En determinados estados de aburrimiento pretendía cuestionar el destino, engañar a los instintos, girar, y nada... seguía mi cuerpo yendo hacia adelante: cualquier dirección que tomara, el sur, el principio y el fin, porque, y esto lo supongo, yendo al norte siempre se llega al sur, todo norte, siempre, es sur.

De pronto, una quimera me ilusionó, para evitar el verdetedio y convencerme que nada fuera en vano: conquistaría al tiempo. Sin tiempo, no hay ubicación.

Mi esquiwa aliada, la luna, debía permanecer como única regente de mis decisiones. El sol, me previne, desvanecería cualquier esperanza, así que con ímpetu me aferré a esa idea, ¿a cuál?, y comencé a correr, sin descanso y sin mirar más que a las estrellas, o a las nubes, todo el verde eterno inmutable, inmóvil.

La meta de mi empresa pretendió vencerme con el paso de los pasos, mi cuerpo exhausto se detuvo en un punto, aún contra mi voluntad se arrodilló. Mi corazón se detuvo, aún contra mi voluntad volvió a palpar y de mis ojos los más sórdidos deseos caían, deseos de agua y sordidez de sal. Una vez cesado el llanto, el descanso terminó. Sin ya la menor sorpresa seguí mi camino, sospecho que obviando alas sensaciones.

El entorno entonces desapareció líquido ahora de gas. Nada más vi que líneas blancoviento, es sin color, atravesadas por otras igualmente incoloras, mi cuerpo entero se desdibujó. Quiero creer que eso es lo que buscaba... pero echo en falta el verde, el que respiro, ya no importa lo que alguna vez vi.

Después la locura, dormí... y al despertar, enfermo, despertáte, nada de agua, no hagas nada, reposó.

BITÁCORA DE VIAJE LAS LARVAS

De agua a veces la sed y me arrodillo para beber lo que en otro tiempo fue y será lluvia. Entonces, a veces igualmente, de la piel sangre de a poco, pequeños cortes, alguna larva incubándose, escozor, nada de doctores y sufrir un poco más, echarle la culpa a algo por tan poco hecho, por justificar, siempre un demonio muy confuso, tan confuso, no querer no pensar, endemoniar, confuso, sin pensar, yo, para de pronto notar como yo tonto no ingenuo puedo someterme a los más bajos, nefastos y sucios ideales... y es que, ¿no son bajos sucios y nefastos todos los ideales?

Me gobiernan ciertas aves y me ruegan los más impíos favores, dicen que puedo echarle la culpa a alguien en otro momento y que el remordimiento será para los débiles, para los que necesiten sociedad.

A veces de llanto penas, a veces de llanto alegrías, las alergias por culpa del agua a veces sed. No debo ser tan inocente, creo saber de lo que les hablo.

Pequeñas grietas en la pielarva, gotitas de sangre que nacen cicatrizadas, el asco a mi cuerpo crece, se expande a cada rincón de mi universo, y lejos, un planeta al que podríamos llegar en bus. Náusea, pura decadencia. Cuanto más, no sé, cuánto más, pero falta poco falta, eso sí; el agua con que sacio la sed me exaspera en la misma medida. Me miro, me toco la piel, sus protuberancias, los gusanitos que forman hogar, que me caminan la piel construyendo un camino, obturando aquel otro,

de asco la cabeza, el cerebro y las ideas llenas de larvas. Yo soy el paradigma o la metáfora, sí, de mi piel yo soy mi mente, de mi piel mi mente por poluta-uta almacalma poluta-uta.

Sed, cansancio descanso sedcansio me acuesto me desgarró y no logro dormir. Sufrir de un mal nocturno, despertar dentro de otro sueño. Descanso me levanto levito ya no me cuesta, me acuesto. Bebo de la tierra porque a ella pertenezco, porque nada es y nada parece. Soy el que engegece enloquece y me enaltece, no soy lo que parece. El sentimiento crece, me es imposible pensar: la muerte cree que soy suyo, y soy suyo porque creo en lo que ella crea. Destrucción de las obras ajenas.

Me rasco un poco la piel me la rasgo y las espanto endemoniadas larvas y termino por devorarme la pena que termina por devorarme completamente y dejo de sentir siento nada.

EPÍLOGO DE LARVAS, VIAJE LAS

Lo primero es lo primero: salir a caminar, como yendo a comprar algo. Sin advertirlo, dejar el dinero en el pantalón de bolsillos, y caminar con el otro destino. Caminar nomás.

Luego, sí, observar atentamente todo alrededor: no faltará aficionado observando, obsérvelo hasta que se oculte. Percatarse de cada detalle, absolutamente de cada detalle, para finalmente tocar el timbre y echarse a la carrera.

Al volver, a menos que haya preferido quedarse en casa, (da igual): cierre todas las puertas y ventanas que dan a la calle. Ponga la música bien fuerte e imagínese a usted mismo tratando de poner un disco, pero no lo haga.... Y piénselo... a todo volumen.

Acercarse con una silla al techo y con mucho cuidado proceder a la limpieza general del cuarto. Después hacer lo necesario. Descanso a la carrera, una cama. Estoy fuera.

Al pasar el último bus de la noche, (el último que vería antes de decidir lo que luego decidiría), supe que nada de lo que pasase luego sería, de ningún modo, excepcional. Sé, desde hace tiempo, que todo, absolutamente todo, va a seguir sucediendo del mismo modo, lo cual es igual a decir que nada, absolutamente nada va a cambiar. Es que el status quo y la tradición son dos cosas muy jodidas.

Al pasar el último bus, (el último que vería), se me escapó una puta lágrima de alguno de mis ojos: ácida, lágrima turbia, falsa cabeza de cocodrilo. Al pasar el último bus, (el último que ví), pensé que nunca más vería un amanecer, ni en la plaza, ni en la terminal, ni en una mala calle cualquiera (pero de piedras).

Siempre lo mismo: un amanecer es siempre igual a otro, al siguiente, al anterior más luminoso, atroz. Al pasar el último bus, el siguiente, mientras orinaba de espaldas al camino me ví subiendo y dándole un giro ridículamente inesperado a las cosas, pero no subí, orinaba.

Toda la ruta a pie y al llegar a la casa, unas tres o cuatro horas más tarde, fácil, los primeros rayos de esa tu sonrisa mañana fresca fueron iluminándome el aturdimiento.

- Se acabó – te advertí, decidido. Seguro pensaste que yo estaba borracho.

Fue así que comenzaste a reír, igual que cada vez que yo te hablo de finales. Me diste un beso en la frente, me tomaste de la mano, para leerla, y dijiste, todavía con ese resplandor, que faltaban un par de meses aún, que recuerde todo lo que pensé, supe y ví, y que lo que pasó no fue más que uno o dos buses, o los cinco o seis que les sucedieron. Es decir, que decir eso era pensar que eso, que el último bus, y que tendría que caminar hasta acá.

El día que José eligió para venir al mundo fue un día absolutamente atípico, insólito: los pájaros no levantaron vuelo, todos caminando, sin explicación, por el aire ni un ave y en sus nidos, en el techo, en el piso, cientos. Algunos, para transportarse, en caso de ser necesario, se movían con saltitos, de un lado a otro, o los que gracias al paso del tiempo, que todo lo mejora, consiguieron la desincronización del movimiento de las patas, lo hacían con bípeda naturalidad.

No había un solo perro en la calle. El mío también anduvo perdido: ni en el patio, ni debajo de la cama. En ningún lugar perro alguno.

Los árboles y el cielo que tenían ese tono denso y pesado, ese tono ver-de-gracia: troncos marrones o verdosos... glauco enfermo, ¡y el calor!

Después del primer minuto, pasada la medianoche, al inicio del día, ninguna mujer permitió que hombre alguno la tocara. Las meretrices, aun contra su voluntad rehuían el contacto físico. Una ridícula mojigatería se apoderó de cada una de ellas: “Dios se me ha metido en el cuerpo”, susurraban desconcertadas, y mi mujer a golpearme la mano mientras ni tonto, ni perezoso la deslizaba debajo de su sostén. El señor Pérez, de todos modos, no advirtió esto último. Ya hacían dos meses desde la última vez, y todavía tendría que esperar dos más.

Las nubes, todo verde, todo verde, se apilaban unas sobre otras, en el rincón en que la tierra parece juntarse con el cielo, formando una figura espantosa, y tras éstas, el sol que algo murmuraba...

El día que la cigüeña trajo a José al hospital, donde su madre aguardaba, no fue, en definitiva, un día normal.

Ese día, también, David dejó de hacer lo que hacía, obvió por completo la televisión, la computadora, los juguitos de vídeo y hasta sus propios juguetes. Comenzó a mearse en los pantalones. A mearse y cagarse en los pantalones. Babeaba, dejó de caminar, de masticar. Balbucía incoherencias, en síntesis: dejó de hacer lo que hasta entonces era común en él, y sus padres, conformes en un principio con el primogénito perfecto, de impecables doce años, además de

resignarse ante la llegada de un nuevo miembro en la familia, tuvieron primero que improvisar, para luego asumir, con desdén eso sí, su absurdo retroceso.

Al día siguiente, por obra y gracia de algún señor, todas aquellas inverosimilitudes, que describí en el inicio de este relato, volvieron a la normalidad, pájaros al cielo, perros a los basureros, nubes blancas, sol silente, verde pasto o en el peor de los casos, pesto, pero sobre todo, los seres humanos al amor.

Sin embargo, David no cambió... para él y, sobre todo, para los Pérez ya nada sería igual. Los primeros días en la casa, posteriores al nacimiento de José, fueron pasando entre dudas, llantos (de adultos y de niños), castigos (al mayor), confusiones, congoja, infusiones, teta, te, escepticismo, eclecticismo, teta, café, eclesiasticismo, esteticismo, estoicismo, sismografía, teta, sismología, lógica simbólica, símbolos ilógicos, teta, y lógicamente mas dudas e incoherencias.

¿Se le irá a pasar, mi amor?, ¿por qué hace esto?, ¿qué hicimos mal?, ¿será patológico, psicológico, sicosomático, siquiátrico, hereditario o castigo divino? Tengo miedo, mi amor, yo también, ¿qué haremos?, ¿por qué a nosotros?, no le eches la culpa a mi familia, porque así son las cosas, porque así es la vida, ¿por qué la vida es así?, ¿cómo?, como es la vida, ¿cómo es la vida?, así, ahora... eso, ¿y ahora?... bueno, ahora es distinta, tenemos que... ya sabes... tenemos que... ¿qué tenemos que hacer?, ¿verdad que sí?, no, eso si que no, está bien, perdón, estoy confundid... tenemos que asumirlo de alguna forma, te amo, mi amor, tu tienes la culpa, tu familia tiene la culpa... te amo, mi amor, mi amor, yo también, sí, eso creo, yo también creo eso, a los niños también, y sí, al más chico sobre todo, sí, al más chico, y al otro también, sí al otro sobre todo, y sí, ¿qué se le va a hacer?, ¿los damos en adopción?, yo también, eso creo, y tú, ¿qué crees?, te amo, ¿estás tomándote las pastillas?, usemos condón, voy a comprar más whisky, te amo, olvídate de los niños un rato, llevémoselos a tu madre, sí, dos días...y tu...

Dos días pero todo igual: confusiones y dudas, incoherencias y penas.

La primera reacción de los Pérez ante esta situación fue castigabar al niño de las cuarenta y ocho estaciones. Sí, con dureza castigábaban a la pobre criatura. Lo obligabaron a ir al colegio, pero no

hubo caso: si antes de la llegada de José, que primero íbaba a llamarse Jeremías, lo normal era alejarse del nene de mamá, ahora las burlas estában a la orden del día, y David no se dábaba por enterado, se dedicábaba a llorar, hasta que le ponían un biberón o un chupete en la boca.

Fue perdiendo, uno a uno, todos sus dientes y la maestra no estuvo dispuesta a convertir su sexto grado en una guardería, no señor, mucho menos para convertirse, ella, en una niñera particular: recomendó la inmediata exclusión del retro-neo-nato. Entonces lo encerraron en su dormitorio, para que se le pase lo malcriado, esperando conseguir algún tipo de reacción, para que se le pase lo malcriado, y nada... que lo malcriado no se le iba a pasar.

Mientras tanto José (o Jeremías) disfrutaba de sus primeros días en el mundo exterior, obteniendo la atención mínima necesaria de sus padres para el desarrollo normal.

Desesperados, el Señor y la Señora Pérez, y sin saber ya, a que atenerse, consultaron pediatras, sicólogos infantiles, siquiátras, sicoanalistas, sicoterapeutas, pe-ene-eles, libros de autoayuda, libros de cocina, de magia blanca, exorcistas, vudú, hare krishnas, sacerdotes, dalai lamas, monjas, curanderos, brujas, masones, rosacruces, tarotistas, médicos con títulos de pago, sectas religiosas, enciclopedias didácticas, círculos de literatura, centros de estudiantes y asociaciones de empleados jubilados bancarios sin conseguir resultados de ningún tipo.

Ya, con el abatimiento y la resignación borbotándoles a chorrotones de todas partes del cuerpo, decidieron aceptar su sino. Se adhirieron a una nueva iglesia, y comprendieron que inexplicables son los designios del Señor.

La Señora Pérez dejó el trabajo para dedicarse de lleno a sus quehaceres maternos, cuidando y educando a sus recién nacidos. Él, culto e instruido, encontró pronto una amante, y continuó leyendo el periódico de los domingos en busca de algún espectáculo menos parafernático.

La abnegación y dedicación de la Señora Pérez, (el apellido de esta familia ha sido modificado intencionalmente para no herir susceptibilidades y protegerlos, ocultando sus verdaderas identidades, no así sus intenciones. Cualquier similitud con la realidad, es mera casualidad...) hicieron posible lo que hasta entonces parecía improbable: adelantar, en forma natural, el proceso

gradual de crecimiento y desarrollo del ser humano. La ciencia hallóse en jaque: a los seis meses ambos bebés hablaban a la perfección, leían portugués, francés y euskera; a los siete el camino se rindió a sus pies; las matemáticas eran dominadas por estos geniecillos desde los ocho; la evolución era rapidísima, en su tumba Darwin y Pitágoras se retorcían, y no pocas personas creen que se debía, en parte, a la ascendencia genealógica de la madre.

Aunque David tenía la ventaja de haber pasado ya por todo esto, contrariamente a lo que podría pensarse, era quien más dificultades presentaba. José, por el contrario, se desenvolvía con mayor naturalidad, por esto era difícil advertir, de buenas a primeras, el traumático proceso experimental, al cual, junto a su hermano, ahora mellizo, estaba siendo sometido.

El tema de los aniversarios, y sus respectivos festejos, merece un capítulo aparte: Puesto que en un principio era bastante complicado convencer a toda una sociedad constituida lo que estaba ocurriendo, se insistía con las trece, catorce y quince velitas, pero era inhumano. Se notaba la desdicha del agasajado. Hasta que, sin preocuparse tanto en el que dirán, y para evitar un daño mayor, a la ya frágil psicología del niño, se adoptó finalmente el día ocho de enero como fecha oficial del nacimiento de los mellizos que contaban ya con cuatro maravillosos años de vida.

Así, el tiempo fue pasando, David y José los traumas superando. La gente que en un principio se pasaba chismoseando sobre esta pobre gente, como siempre ocurre en estos casos, también los fue olvidando, volcando sus intereses a otro tipo de atracciones.

Ellos mismos poco a poco, fueron también dedicándose a otros menesteres: mamá que al trabajo otra vez, papá que se quiso ir a otro país y no lo logró, José y David que primero, segundo y tercer grado excelentes calificaciones... y así el tiempo curándolo todo. Extenuada la familia Pérez vio orgullosa el progreso de lo que en un principio fue una nefanda e infame jugada del destino, ahora fasto, como el porvenir que se advertía.

Después de muchos años, cierto ocho de enero, cuando los mellizos Pérez se disponían a apagar las doce velitas, una noticia como pólvora corrió y recorrió generando en todos los rincones del lugar un espasmo colectivo: un nuevo Pérez ya estaba en camino.

LO QUE QUEDA DE UN PAYASO

Al lugar la gente de a gotas.

En las afueras de la ciudad: caminos de tierra, (porque cualquier lugar no muy lejos de la ciudad tiene solo caminos de tierra), una que otra piedra, cielos claros llenos de sol y sudores, pieles tostadas, rojas, erosionadas, e infinita cantidad de estrellas y lunas noches. Árboles, un monte, caminando, en caballo, o con perros, y al final del camino principal, doblando a la derecha, por un caminito, al costado del arroyito dar la lucha contra el sol de la densa siesta de polvo: tres kilómetros y medio.

Ahí, donde no parece pasar el tiempo más que por la piel de sus habitantes, había una casucha: cerca de madera caída la cerca, pequeña, de madera, de lejos se ve. Uno, dos, quinteto de pasos y la puerta abierta mujer y niños corazón abierto, les corroe el dolor. La noticia no debía afectar a nadie.

Cuando, después de santiguarse, a la altura de la cerca, con solemnidad, el recién llegado pasaba a la primera habitación, con el rostro hundido en propio pecho y el corazón deshecho, el ruido o la canción en la que se convertía su respirar iba produciéndole espasmos que de marchita a flor le convertían el alma. Aún sin tener la certeza de nada, y verse por el contrario afectado de penas y recuerdos, el visitante se quedaba un instante de pie, estático: vaya uno a saber por qué razones, todo el que recién llegaba se quedaba de pie, estático y atónito, y casi sin aliento. Entonces el primero de los payasos, como por arte de magia se le aparecía de un salto en los brazos, obligando al inadvertido visitante a tomarlo en andas, que antes de poder decir palabra alguna se veía, ya, con un gorro bufonesco en la cabeza dando pasos ridículos, con el payaso en andas y el ridículo sombrero en la cabeza hacia cualquier parte paso pasito kataplún. En este punto casi siempre, el recién llegado se disponía, si no siempre, a emitir algún balbuceo incoherente. Entonces, el payaso que lo callaba con un silbato de los tira afloja que, otra vez, ridículo se desenroscaba generando la burla de todos esos niños que tampoco habían estado ahí, pero que ahí estaban.

Al visitante, a estas alturas, la cara se le había desdibujado en infinitas muecas y el payaso era arrojado en cualquier rincón de la habitación, en el piso.

Apenas ocurrido esto de todas partes, sorpresivamente de todas partes iban surgiendo miles de payasos, cada uno distinto al otro, entre malabares y piruetas, además del mago enano que tiraba flores, palomas, conejos y niños con globos que aplaudían y reían y se multiplicaban.

Una vez recobrado el tino, el visitante se iba abriendo paso entre el circo y la muchedumbre de feria hasta llegar al cajón que en el fondo de la habitación se hallaba esperando de pie el entierro.

Narices redondas y rojas por doquier, serpentinas, globo-perritos, malabaristas de cabeza, tortazos van, sonrisas vuelven, payasos en monociclos dando vueltas y de vuelta al piso una y otra vez, muñecas disfrazadas de primavera bailando, sonriendo maromas, aplausos inocencia, y la felicidad falaz sobre rostros que trataban de ahogar tanta pena y congoja. El peso imposible de la realidad sobre las infelices máscaras sonrisas.

Cuando el recién llegado, con dificultad, lograba acercarse hasta el cajón y lo abría y lo miraba y dentro de él veía al muerto, impecablemente maquillado con la nariz roja fría, los ojos cruz blancos y la sonrisa inmortal dibujada (todo frío) sobre el plácido rostro descanso, todo parecía morir, el tiempo se detenía... Un silencio, el tiempo inerte, extraña eternidad, en silencio, sin movimiento, sin tiempo, el silencio. Inmovilidad de minutos, las miradas sobre él, el ausente.

Sin embargo, que no, que todavía no se ha ido: y uno a uno cada payaso desmoronándose y cayendo al piso con infame pena en su alma, quebrándose de pena el alma, de dolor el alma, el payaso quebrándose y al piso con dolor el alma llanto... el enano que hundía en sus manos sus ojos y los apretaba de muerte, las muñecas que se hacían invierno y otoño frío dolor, nevando pena las muñecas, lágrimas a coro, de niños las más tristes, ahogos y pataleos: sinfonía átona, drástico adiós.

Y el que abría el cajón que podía ser el padre, el hermano o un amigo, caía también abatido, quebrándose de rodillas, dejando que la muerte lo congele, otra vez un silencio de penas y de muerte todo congelado hasta el silencio o hasta que el espíritu del muerto pidiendo tregua y cerrándose el féretro que se cerraba adiós. Luego, de a poco, lentamente, todo a la anormalidad, saltando y cayendo y enano magia y muñecas primavera saludando o bailando con niños globos con perros globos.

El visitante entonces se iba, y todo por un pequeño instante volvía a florecer, hasta que el siguiente llegaba y de vuelta a las vueltas hasta que se abría el ataúd.

Durante toda la tarde se fue repitiendo el rito, hasta bien entrada la noche.

Tarde, y ya exhaustos: niños, muñecas, enano y payasos durmiéronse, mientras el horrible lecho pasaba a la primera habitación, con la mujer y sus hijos que sin comprender demasiado seguían llorándolo... y los corazones y las puertas, abiertos.

A la mañana siguiente, los recién despertados con la conciencia abatida se pusieron gala, maquillados de palidez, y con la gota negra del dolor dibujada al costado del rostro, vistieron trajes de un negro ridículo y bufonescos zapatos gigantes de un azul brillante. Las muñecas de invierno y el enano hecho pura pena se pusieron de pie, llorando las últimas lágrimas... el show a terminar.

Con lento andar, uno a uno fueron entrando a la cruel habitación sus colegas, besando cada uno a Chirolaco en la ausencia y ubicándose sin mucha orden entre los demás.

Mirándose con infinita tristeza fueron comprendiendo estos seres que un payaso no se hace, que payaso se nace y que se muere payaso, con la gigantesca sonrisa aunque la pena se los enguya.

Los tres más grandes tomaron el cajón, los demás comprendiendo de inmediato el hecho asieron sus únicas armas y sobre monociclos, zancos y con las manos en el piso comenzaron a andar cansinos tras el que se nos va.

Porque la vida es un espectáculo, ahogado el cortejo fue alejándose con miles de personas que sin entender mucho iban adhiriéndose a la caravana, pensando quizá que algún circo llegaba e ignorando el dolor con el que esa fiesta terminaba. A los que sabían lo que sucedía, la música fue brotándoles entre sollozos del corazón comenzaba a sonar despacito, pero para siempre, palpitándoles amor, porque el payaso muere, y se muere su tristeza, su infinita tristeza. Mas la alegría que irradia es el único legado que deja y es inconmensurable, único don y don eterno.

LAS NUEVAS FILOSOFÍAS

Caminó uno, dos, tres pasos y trotó. Aceleró. Correr... Cuando se halló cansado dejó de respirar, otra vez la cuenta: uno, dos, tres segundos. Nuevamente a caminar mirando a la gente, que a su alrededor ya no mira. Porque es así como en estos tiempos ocurre, uno mira a la gente y nada ve.

Siguió entonces el pobre hombre esperando en vano la señal. Detúvose una vez más, prendió un cigarro, pensó, por enésima vez, pensó pensó pensó, lo mismo que rondaba hacía tiempo: “infructuosa mi búsqueda, ya sólo soy yo aquí, en este estado de conciencia y ya no tiene sentido”.

Volvió a su cuarto. Los libros lo esperaban, la mujer hacía mucho que se había rendido y había preferido tomárselo con soda en pos de un futuro mejor (para el niño), pura excusa, egoísta, simple, a comprar y olvidar. “¿De qué futuro me hablás?”, le había dicho él al escuchar sus razones, “si el futuro ya está aquí, ahora. He aquí el momento en que las cosas dejan de ser y los cerebros dejan de pensar. La incesante búsqueda del hombre ha terminado...”

Sabía este pobre diablo que a partir de cierto punto todo empieza a ir para atrás... “porque así es la cosa” la noche en que se conocieron, hace bastante tiempo ya, la misma noche en la que la vida para él comenzó... pero claro, la fidelidad es un concepto inocuo, la lealtad es una idea difícil, inalcanzable.

- Ahora que sabemos realmente qué era dios –ya no se escribe con mayúsculas– y ahora que sabemos cual era su plan para el hombre, y que sabemos que no existimos realmente, simple presencia, vacío total de la cuestión filosófica del ser y el estar, y que es únicamente respirar, nada más, todo ha dejado de tener sentido. Porque a esto queríamos llegar y estancarnos es principio nudo y desenlace.

“Todo para atrás, pa”, le decía Matías cuando lo peinaba... “todo para atrás” martillo en el corazón y la cabeza... “¡Ah, niño!, tengo que dejar de pensarte. Corazón mío, ya se han ido...”

Todo para atrás, las nuevas filosofías, ¿no?:

Pierda a su dios y comience de cero. Aléjese de las máquinas. Camine con los pies. Respire sin la máscara. Tóquele el culo a la vecina. Sáquese los mocos de la nariz con el índice. Lleve a su mujer

de los pelos, para que ella misma le prepare la cena, que usted deberá haber cazado. Queme sus ropas y vístase con pieles de insectos, animales ni en los museos, ni en los libros de historia genética manipulada. Olvídese de la comunicación. Cómase una manzana que su mujer pecaminosa habrá de ofrecerle. Hágase barro. Fúndase con el infinito y espere a que su fe o credo vuelva a hacerlo, a usted, para que en el futuro pueda dudar del origen de las cosas...

... y apague la luz.

Me imagino atado a una cama, con las manos sobre la mesa y los brazos vendados para no desangrarme. Atado a la cama, los pies dentro de los zapatos dentro del ropero dentro de mi habitación, adentro yo, de mi habitación, atado en la cama y con las piernas vendadas, para no desangrarme.

En la vena más gruesa del brazo izquierdo: alguna aguja para saciar la sed. Y cada cinco o seis horas, la imponente y germánica matrona alimentándome con alienaciones molidas y fortificándome con rebuscadas imbricaciones, para mantenerme viviendo, siempre, a su gusto y antojo.

OCTUBRE 28. 2004

¿Salí acaso de la habitación?

Pretendía llegar lejos, pero ¿cómo hacerlo? Cada vez que atravieso la puerta el panorama cambia, una especie de metamorfosis en mí, cambia la luz, el color se hace polvo o viceversa, el dos pasa de ser denso a hipócrita, de granular a fétido, nunca inverso, a veces inverosímil.

Las texturas varían.

Repito: ¿cómo hacerlo?

La verdad es que quería salir de la habitación. Aún hoy quiero llegar lejos, antes de llevar a cabo cualquier empresa, he de estudiar meticulosamente las variables.

Algún día voy a lograrlo. Yo sé, saldré de la habitación, o entraré en ella, a ella, por ella; finalmente da igual, no tengo dónde ir, no sé a dónde ir, para qué ir, por qué ir, con quién ir, ir... venir... ir... ven ir... vamos, ve, vuelve.

Siempre cambian los planes, siempre se nubla, o se despeja el cielo, y cuando mis ojos se acostumbran a la oscuridad empieza a salir el sol.

ENERO 12. 2004

Miro hacia afuera, adentro, abro la puerta y veo una habitación de paredes pálidas, yo me encuentro palideciendo igualmente y observando desde la esquina derecha, izquierda, aún sin atravesar.

Veo en esa habitación, que he visto ya doscientas treinta y ocho veces, si mal no recuerdo, una ventana al fondo, al frente, ubicada justo en el centro de esa pared. Debajo una mesa relativamente alta, de metro y medio, no muy grande, ni pequeña, cuadrada, o rectangular, de unos treinta centímetros de hipotenusa, ya saben. En ella hay un pequeño mantel, y arriba una flor, ¿un clavel tal vez?, marchitándose, ya marchito, lo supongo podrido, casi huelo el hedor.

Inmóvil me hallo, y así deseo quedarme, y lo confieso: es por miedo al que dirán. Sólo mis ojos escapan a mi voluntad y lo registran todo, como tantas veces en busca de algo nuevo; ¡Putá, me niego a cerrarlos!... me niego.

En el suelo de aquella habitación hay una alfombra que le da cierto estatus; una alfombra gruesa, rojinegra, como la que teníamos en casa. Quizá en otro tiempo haya hecho juego con el ahora marchito clavel, y precisamente porque no cubre totalmente la superficie del suelo, cumple inversamente con un función estética u ornamental. Está sucia. Siguiendo a una mosca posada, primero sobre la mesa descubro, luego, un agujero muy pequeño causado probablemente por algún resto de algo. Hay en ella polvo, cenizas, manchas, restos de porro....

Al parecer han estado tomando cerveza: hay una botella tirada sobre la mesa rectangular, la del centro, no la que está bajo la ventana con el clavel marchito que en otro tiempo hacía, probablemente, juego con la alfombra, y que, demás está decirlo, es cuadrada, o rectangular. De la botella todavía caen gotas, esporádicamente, contando uno que otro segundo, manchando aún más la ajada alfombra.

Silencio... escucho un ruido.

Salgo al patio por la otra puerta y encuentro una pelota, la tiro al patio del vecino, ignorando su origen quizá por ignorar desde hace tanto el mío.

Al volver pude ver, siempre dentro de la habitación, un sillón de mimbre, con tres almohadones muy feos, de muchos colores absurdo ridículo este habitáculo.

Desde aquí, a primera vista, no veo más cosas en el cuarto, y dudo que descubra alguna novedad relevante. Aunque después me corrija para describir que sí, que directamente frente a mí veo tres colillas nuevas, y permítome decir nuevas, porque la última vez que abrí la puerta no estaban (ayer en la tarde). En cambio, no han aparecido más porros. Tal vez han fumado en pipa, ¿quién sabe? Los restos que veo son los mismos del otro día. Definitivamente, no han fumado desde ayer.

Me arriesgo a decir, y esto es por lo que he visto y descrito, que esta habitación es una especie de salón de reuniones informales aburridas, donde se juntan a tomar y fumar abúlicos y ociosos, pues como bien es sabido, está prohibido bailar. ¿Y si lo han hecho?, ¡Dios me libre!, ¡esto es el acabóse!

Toman los infelices, desde agua hasta vino barato y se fuman las últimas neuronas que, presumo, tienen, y a pesar de que, en teoría, están dentro de mi casa, nunca me han invitado. En todo caso, no me molesta, ya que, quién sabe por qué extraña ley física, no puedo escuchar absolutamente nada de lo que en esa habitación se diga o se oiga... ningún ruido... nada... nada.

Verdad es que no los siento, pero si por casualidad un jueves en la noche estoy despierto y me encuentro en la casa, y abro la extraña puerta, puedo verlos... y no es recíproco. Los veo conversar, no los oigo, sentados en el sofá, en la repugnante alfombra, en el piso y de vez en cuando uno que otro de pie. Beben, fuman, ríen... ¡felices se ven los infelices!

A veces aparecen, desaparecen, súbita puerta.

NOVIEMBRE 25. 2002

Aún después de vivir, ya, más de diez meses en este lugar, me embarga el terror y la ansiedad cuando pienso siquiera, en atravesar la puerta. Creo que todavía no estoy preparado para lo que allí encuentre... ¿será que alguna vez lo estaré?

Las personas que se reúnen del otro lado no siempre están ahí, algunas veces llegan temprano, otras muy tarde. En ocasiones no llegan. No sé de qué se trata, no tengo la más remota idea cómo hacen para estar ahí, porque mi casa, estoy seguro, no es la suya. Y lo es.

Durante el día todo se mantiene muy sucio, nunca los he visto limpiar exhaustivamente. Muy de vez en cuando, minutos antes de iniciar alguna tertulia, con una bolsita recogen uno que otro papel, y vacían los ceniceros. Me incomoda de sobremanera tener una habitación tan sucia y descuidada en la casa. Hay días en los que quisiera atravesar esa puerta, sólo para limpiar: entrar, limpiar y volver a mis hábitos, mi hábitat, pero no. No todavía.

Recuerdo cuando llegué a la casa algún 28 de enero. Pregunté qué había tras la puerta, dijeron que era una salida al patio y que habían extraviado la llave. Extravié mi pregunta, no presté atención a la respuesta.

Los primeros días en esta casa no existieron, se fundieron formando una masa ácrona, pastelito a destiempo, un periodo ausente en mi existencia.

Era la primera vez que vivía solo; la alquilaban completamente amoblada, lo único que hice al llegar fue poner, cuidadosamente, la ropa en el clóset, acostarme y dormir, para posteriormente convertirme en parte del todo: día a día levantarme, trabajar y acostarme... para luego levantarme, trabajar y acostarme.

Fui un empleado muy abnegado, mi trabajo y los superiores así lo requerían. Me levantaba apenas salido el sol y volvía siempre evitando el contacto social, ya muy tarde.

Cuando almorzaba lo hacía en la calle, en algún bar, cualquiera, donde me diera hambre si es que me daba.

En fin, no deseo entrar en más detalles sobre mi vida laboral, no viene al caso, no viene a lo sucedido.

Como en un comienzo, efectivamente, no tenía tiempo libre... ¡ah, qué palabra!... nunca salía al patio, y si por alguna causa extraña e irrecordable debía hacerlo, usaba la otra puerta, ubicada también en la cocina. Nunca intenté siquiera abrir aquella puerta clausurada. ¿Para qué?, ¡díganme ustedes!, ¿para qué diablos iba a hacerlo?... ¡qué ridiculez!, la puerta no tenía llave, y existía otra que sí.

Con el paso del tiempo las cosas simplemente seguían ese su curso normal, hasta el sexto mes. Sin motivo aparente recibí un sobre azul. Me despidieron del trabajo. Me echaron. Redujeron el personal, agradecimientos de rutina por la labor y el aporte que significó mi presencia en la empresa y una sarta de cosas elegantes. Entonces el ocio y la curiosidad me invadieron, sentí ganas de reordenarme, tener todo bajo control nuevamente, desdibujarme para contenerme, control... todo, hasta las puertas de mi hogar.

Los primeros días de cesantía fueron insoportables. Más allá de una caída en lo económico, suponía una desmoralización gigantesca. Tristeza, irritabilidad, indescriptible infelicidad indescriptible apoderándose de mí, y ya ni siquiera quise moverme. Me acosté y no me levanté por un buen tiempo... no quise moverme... sólo me acosté... y ya no me levanté por un buen tiempo...

Pero un día desperté: todo había cambiado, me convertí en lo que hoy soy, aunque aún eso no signifique nada. Me senté a los pies de la cama, miré la pared, pensé, me levanté, caminé, o... caminé, levanté me, pensé, pared la miré, cama la de pies los a senté me. No sé adónde fui, ya no recuerdo, no lo sabía entonces asumo, no importó demasiado. De saberlo, tampoco se los contaría... y volví... siempre vuelvo. Todos, tarde o temprano, siempre volvemos.

Poco a poco fue así que esa puerta comenzó a producir en mí su encantamiento, algo mágico, aunque nadie crea en ese tipo de cosas. La puerta llamaba cada día más mi atención, la puerta era timbre apertura, duda, conmoción, emoción, sueño y ¿por qué no hacerlo?... después de todo, su condición daba lugar a todo tipo de especulaciones, hipótesis, teoremas, relativismos, subjetivitis; yo sentía yo, puerta timbre cerrar. Es que, disculpen, tal vez yo tenía la necesidad de algo: de creer en algo, de crear algo.

Al principio no intentaba abrirla. Me sentaba y la contemplaba por un lapso eterno, elucubraba apoteomas, imbuía hipotelencias, alucinaba pelesnando en las trigésimas de otro plénico. Y así muchas de esas cosas fueron a parar al papel, que luego, en un acto místico ritualitoso, pasaba a manos del fuego.

Una estupidez pensar la puerta, imagínense, ¿puerta clausurada?

Luego volvía a empezar... todos, tarde o temprano, siempre volvemos a empezar.

OCTUBRE 13. 2003

Cuando por vez primera abrí la puerta, después de romper la cerradura, vi la habitación y sobrecogido me dejé caer al suelo... un giro sobre los talones y como un árbol, duro, la cabeza y el

tronco al mismo tiempo, para finalmente, de bruces terminar acariciando el áspero y cristalino pordondevoyyovengo.

Era fines del mes de julio del año pasado. Obviamente me había percatado varias veces de la existencia de la puerta, varias veces la vi cerrada por fuera ¡absurdo!... o quizá tanto absurdo como inverosímil, diferencias que al final son lo mismo.

En las primeras oportunidades, debido, justamente a ese sobrecogimiento, abría la puerta y me quedaba frente a ella, vacío... vacío no pensar, vacío entonces sólo mirar entonces mirar. Salía al patio y desde afuera volvía, volviéndome cada vez un poco más algo que antes no era, a ver la puerta del patio... cerrada.

Según recuerdo, ya ha pasado más de un año, ese día no pude dormir. Me acosté cansado y lleno de angustia, tratando de reconciliarme con el sueño, pero todo vano inútil vano. No habían ovejas que contar, nada mejor que esto, pues aunque sueño al mismo tiempo real. Durante el intento me levanté varias veces. Necesitaba comprobar quién sabe qué, que no fuera parte de mi ahora fértil imaginación de oficinista. Pero no, existía latencia imperceptible y por eso perturbadora.

Al día siguiente, que para mí seguía siendo el mismo día, me levanté de la cama, como siempre temprano, como nunca casi desayuné, no me bañé, no me vestí, como nunca antes tuve una idea. Abrí la puerta trancándola con una silla para que no se cerrara y me paré a unos pasos de ella, tomé un vaso y lo arrojé con todas mis fuerzas... ¿y el resultado?, me preguntas. La puerta, la puerta, por fuera la puerta jamás se abrió la maldita puerta por fuera jamás... yo creo que mi indignación... olvídenlo.

Es innegable, en todo caso, el miedo al que me fui sometiendo... el miedo a lo desconocido... el miedo a tener que dejar de tener tanto miedo... ¿y qué?

ENERO 17. 2005

... ¡¿eh?!...

... lo siento, no he dormido mucho, última mente.

JUNIO 17. 2003

Han pasado ya muchos meses...

Yo sigo mirándola admirándola desde aquí y ella, allá abierta y admirada, rubor de puertas.

Todos los días la abro, miro a través suyo, siempre, oh!, siempre la cocina recibíendome, acogiéndome, abrigándome... confundido. Puedo pasar horas así sentado sin sentido y ocurre que no ocurre absolutamente nada. A veces sí, aunque no la flor marchita sobre la mesa bajo la ventana podrida.

Son los jueves, esos que uno usa para ir a pasear, los que yo camino, los días en los que puedo ver los restos de una reunión informal, restos de cigarros, de marihuana, de comida... vasos sucios, vacíos, quebrados botellas restos.

ENERO 4. 2005

En mi relato, es cierto, todo ha sido muy confuso. Quizá no entiendan lo que me ha sucedido, pero, créanme, no ganarían nada, yo inclusive, si pudiera desconocería mi propia existencia. Podría, además, parecer poco veraz lo que hasta aquí he narrado, pero con todo respeto, no es de mi incumbencia lo que usted, lector, piense, crea o desee. No me interesa la verosimilitud en las historias, simplemente porque una verdad es siempre lo mismo que cualquier otra, y que una mentira.

Podría decirse, es más, que hay cabos sin atar, archipiélagos y uno que otro capitán. Podrían también preguntar tantas cosas. Sé que dentro suyo, lector, hay preguntas y alguna que otra justificación de mi actuar, anexos, contextos, convexos, nexos, sexos cóncavos y de mal hablar... Pero dígame para qué. Ustedes quieren saber quién soy, qué hacía, quién me parió, cuándo, y cuánta cosa más que se le pueda ocurrir a usted, lector, ¿de qué vale? Cualquier duda, remítase al sicoterapeuta más cercano, porque aquí usted nada gana. No se puede pues comer al sol con un pelo.

Podrían preguntar por qué no busqué testigos, ayuda, salidas, bifurcaciones, alguna solución... pregúntese por qué, a mi no me importa. ¿No puede, acaso usted, lector, simplemente entrar a mi mundo a través de la puerta, y creer lo que le cuento? No tomará más de quince minutos... lo único que necesito es comunicarme.

JUNIO 20. 2003

¡Ya los he visto!, no siempre son los mismos, a veces son un millón y otras... otras. Ojalá este país tuviese salida al mar.

Pero son jóvenes, eso sí. Calculo que tienen entre dieciocho y veinticuatro años, tal vez alguno de diecisiete, tal vez alguno de veinticinco. Hombres, mujeres, ¡seres humanos! ¡y yo pude verlos!

SEPTIEMBRE 21. 2003

Voy a entrar...

... primera vez.

ENERO 5. 2004

Durante las fiestas de fin de año me quedé solo. Siempre estoy solo, no es novedad ni queja. No me molesta en absoluto estar solo. Mis pares telefonearon, enviaron víveres, tarjetas, fruta fresca; siempre envían cosas para comer. Me invitaron también a su casa, siempre invitan, pero es muy lejos. No quise ir. Hace ya mucho que no siento ganas de ir.

SEPTIEMBRE 30. 2003

No sé cómo comenzar. No sé cómo contar lo acaecido, y sin embargo sigo haciéndolo. Todo ha sido inconmensurable, pura ficción, aquí, en la vida de verdad. No, no ha sido... ácido asido, así do... ¿sí?, ah... pero, siempre son así estas cosas. Esto se parece a un domingo que no termina.

Desde la concepción, siempre, desde siempre, para siempre, así estas cosas son características inherentes al ser humano, ¿o todo lo contrario?

DICIEMBRE 31. 2004

¡Ahh!... ¡auxilio!... sólo con el papel...

... ¿qué?... ... silencio... es el cuvio...

... shht... sé que es él...

En el futuro no volveré a escribirme nada, nunca, no tendré tiempo... me voy, me estoy yendo.

Cuando alguien lea esto, habrá pasado ya mucho, hoy ha pasado ya demasiado, ha dejado de ser ahora. El cambio, la única constante. Hoy no es el mismo hoy de hace unos minutos, y no es el mismo año, tal vez antes un poco después. A veces vuelvo en dos horas. Otras veces y no he vuelto aún.

No importa. No hace falta que algo se entienda. Debería, sí, preocuparse usted si es que sabe de qué estoy hablando yo perdido... ¿no lo nota?, ¡Atonolón!

Tal vez podría, yo, tratar de explicarles subjetiva y zonzamente con lo que me queda de humanidad, pero ¿para qué?, díganme... ¡Por Dios!... basta de romanticismos.

No sé cuándo va a terminar la cuestión. Supongo que el principio es igual al final. Sospecho con rencores cuándo comenzó. No sé si responsabilidad mía. No sé si se acabe. Ni si estoy vivo. Es normal... Soy sin serlo cenicero poco serio... la muerte se me regala, yo tomaré el relevo. En mi lecho, sin techo, sombras paz.

Cada movimiento de mi cuerpo administra la percepción de las cosas, la única manera de estar quieto es estándolo sin pensarlo. Doy un paso, por ejemplo, y todo muta varía colores del aroma con sabor a luz de tacto que duele que moja. A veces no se oye a veces todo oye el movimiento genera movimiento o degenera en realidad que es una sola mil y ya no soy parte de ninguna no soy parte de ti ni de ninguna y eso es una maravilla silencio...

...algo.

OCTUBRE 29. 2004

Estoy confundido... ¡madre!...

...nunca pensé que llegaría tan lejos.

ENERO 10. 2004

No sé cuánto tiempo ha pasado, tiendo, aunque suene sin sonar, irónico, a no mirar hacia atrás, pero entré y eso inmediatamente significó que no lo hice. No llegué a la habitación del clavel marchito y la alfombra raída. Atravesé la puerta y encontré una cocina muy vieja, lúgubre, horrenda... volví a la mía de inmediato... no tuve el valor de seguir... no... todavía no. Llegué a la cama mía y dormí.

MAYO 14. 2004

He estado entrando tanto...

Resultados: esquizas y *cw*, *cv*.

ENERO 11. 2004

Mañana tengo que escribir lo que una vez pasó.

OCTUBRE 20. 2004

Cada día es más difícil. Cada vez que atravieso tardo más tiempo en regresar. Cada día me cuesta más y más llegar a descansar.

EL BOLSO DE PAPEL

Habiendo una amplia gama de días especiales, a él justo se le ocurre llegar hoy, un día tan igual a todos.

Pero él hubiese deseado que las cosas fueran distintas. Obviamente, todo sucedió como siempre pasa: lo maravilloso de la bla, bla, bla, las dulces sutilezas del bu, bu, bu, son sólo la superficie de esteros engañosos, de la gran mentira del amor. Son aletazos de ahogado, la felicidad no existe.

– Isabel – le dijo, con poca sorpresa, cuando ella abrió la puerta – ¿Cómo le va?, ¿se acuerda de mí?

– No, disculpe joven – respondió la mujer... chica, coja, gorda, coja, chica, sucia mujer.

– Soy Daniel – sonrió, empujó levemente la puerta y entró.

¡Qué mala educación!, chiquillo de mala madre, -ya lo recuerda-, ¿qué se habrá imaginado?, ¿creerá que soy una simple empleada? ¡Yo no soy ninguna empleada!, y si no le gusta, ¡no ayudo más a la Señora Fresia! Una tiene el corazón grande, y a Dios adentro... y ojalá entren más dioses o ángeles, ¡alguna alegría!... ¡Yo no soy ninguna empleada!

Caminar torpemente, intimidar al -todavía desconocido- niño que lo observa desde la cocina: dos pasos al frente, ocho a la derecha, cuidado con la pocita de agua en el añejo e inmundo piso de madera... añejo, inmundo y crujiente el piso explosión de pulgas. Sospecha que el agua es de algún vaso caído, ni se imagina que, a menudo, ese niño orina donde le nazcan las ganas: hoy, al lado del sofá desvencijado, historia personal en ausencia.

– ¡Isabel!, ¿Quién es? – se agrieta a gritos la garganta de la vieja, desde su habitación, con la televisión a todo volumen. Y, la vieja, que todavía no obtiene respuesta, piensa: *¡Isabel, que Dios se apiade de tu alma! Mujer puta y llena de desgracias... ¡con qué ansias deseo tu muerte!, tú y nadie más, culpable de mi desdicha, muchacha del infierno, deberían enterrarte viva y atar a tu hijo a la copa de un árbol... ¡Sí!, a la copa seca de un árbol seco al borde de un acantilado, atado tu hijo para que sufra, miserable, antes de morir, y que la muerte, lejos de purificarlo, termine de corromper esa endiablada alma depositada en su inocente cuerpo infantil.*

– ¿Quién es? ¡He dicho!

– Calma abuela querida, – esta vez el joven – ¿cómo le va?, ¿me recuerda? – ella ve a ese niño, al de hace ya tantos años.

Azul y azufre, sufre el sur. Una cucharadita de letargia, una pizca de modorra, y el resto póngalo a gusto. Tiene que dejarse caer y, ojalá, golpear, durante la caída, tantas cabezas como encuentre. Producirá dolor, apestará, ya huele a podrido. Son, casi todos, malos recuerdos, y, entonces, recuerda que de estas cosas no se habla en la mesa... se imagina que tampoco aquí encontrará sus respuestas, se deja caer, todo es peste y no golpeó a nadie. La casa se sumerge en un chiquero, cerdos, putrefacción. Es este el lugar al que nadie llamaría Edén.

Ubicó con cautela sus insignificancias, trató de ducharse y terminó viendo un mal programa en la tv de la señora, acompañados ambos por las pulgas más elegantes de este averno. Café de por medio, puchos van, puchos vienen, una fría caricia fingida primero, y el deseo casi incontenible de eliminarse burda, mutuamente, disimulado por una sonrisa después.

El plan era trabajar, no enloquecer –nunca la locura es parte de los planes–, pero en este manicomio el que se salva es el sordo, el ciego, el mudo y el que ya está perdido: cualquier común mortal pierde el juicio, los abogados hállanse ahogados en el inmenso aparato judicial, burócrata e innecesario. *Nadie vendrá a por mí*, Piensa como formando un bloque de palabras complicado y con sentido críptico. Sigue en su tonta espera, adentro le siguen dando vueltas las vueltas, las pulgas, los malos recuerdos.

Una habitación, de las tres que conforman el segundo piso era la suya. La otra, del Señor José: *tío mío por circunstancias más bien adversas*. Señor de escasos modales y baja moral, pocas palabras, lengüetazos al azar y la lascivia rebosándole del cuerpo veinticuatro horas al día. Conocida era la leyenda de su mala paternidad. Hombre mundano como pocos.

Ya se ha dicho: la segunda habitación era la suya, la menos humana. Y en la tercera encontraría, cada vez que fuera necesario, fotos viejas, lágrimas enfrascadas, sangre como papel tapiz, antorchas, más letargo, gotas de Leteo, una puerta pequeña, clandestina, clausurada adentro del

clóset, y todavía adentro, más arriba, en los estantes: antifaces, guadañas, guantes quirúrgicos. Cerca de la ventana, cordeles colgando del techo, cuchillas en un magneto, en la pared, veneno para ratas en frascos apilados en el piso, veneno para tertulias, ropas elegantes de los finados de la familia, legumbres brotando de algodones ensangrentados, el sepia impregnándosele a los ojos, a la piel, los recuerdos, una colección de sus primeros dientes perdidos, salamandras, hipotenusas *vacui*, y cada beso que le dio la madre antes de dormir. Un balcón ahogado en el olvido, ignorado por el sol, corrompido por el paso del tiempo, carcomido por añeja lujuria, abarrotado de esperanzas pálidas, aguadas, defraudadas.

Y por último, el baño, entre su habitación y la escalera: una bañera, con agua de hace siete años, el espejo casi nulo, la ventana asfixiada y el calefón quemado inútil, inservible.

Juró que las primeras noches le durmieron en su cuerpo, él se dedicó a verificar si se cumplía la profecía, en el living, al lado del mismo sillón que vio cuando vino al mundo, el mismo sillón en el que se concibieron los bienamados sobrinos.

Pero las damas, ínfimas damas, del pelo de perro, no le abandonaron jamás, le velaron, le ataron: Lucifer desde el primer día le puso precio a su cabeza, la que hoy, afuera, al costado de la casa, bajo una crucecita, para los absurdos milagrosa, yace.

– Le cociné un guiso de arroz, abuela, y lo hice con todo el amor del mundo.

– ¿Cuándo vuelves a tu tierra?, deben echar en falta tu presencia, ¿no crees que te extrañan? – respondió la vieja, madre de su madre, haciendo caso omiso a todas sus intenciones de amarla.

– ¡Ahh!, disculpe, olvidé que los domingos, a usted, le gusta almorzar, comer y babear sobre una empanada de carne, ¿verdad?, y rapidito, rapidito al baño, que si no se le manchan las pudorosas ¿no? Dígame, es eso, ¿o me equivoco?, ¿por qué no responde?, está usted loca, ¿no es así?, ¿se da cuenta? Vieja: nadie quiere estar con usted, si yo no hubiese muerto hace años, hoy bajo ninguna circunstancia tendría la menor intención de asistirla –, y después adivirtió que casi nada de eso fue lo que dijo finalmente. Una sonrisa, ella olvida, y que todo siga igual.

– Claro, pero, en serio, tu tía quiere que te vayas. – vuelve a recordar – Por mí, quédese todo lo que quiera mi amorcito, pero usted sabe, es ella quien realmente mantiene esta casa. Creo que ella mencionó algo de un dinero semanal que usted me tendría que pagar. Está tan cegada por el dinero, mijito...

– Pero... – interrumpió, y se tragó las palabras que le rebotaron en el silencio. *Pero juraría haber comprado toda la mercadería de la semana o, ¿es que quise y no lo hice? Ya no lo sabré. Probablemente, ella, esté en lo cierto y me haya bebido otra vez todo el dinero destinado para la casa.*

– Es cierto, tiene toda la razón – agachó la cabeza, pura vergüenza – desde la próxima semana le pagaré a tiempo.

– ¡Ah!, otra cosa – agregó, como si no fuera suficiente la humillación – Isabel está furiosa contigo porque no la saludaste bien el día que llegaste, porque te comes todo el pan, porque miras mal a su crío, porque me quieres más que a ella, (porque me quieres más que a ella ¿no?), porque respiras fuerte cuando duermes, porque no tiras la cadena al salir del baño y no bajas la tapa, porque no te has duchado, porque cuando lo has hecho no has dejado jabón para que ella lo use, porque te odia, porque eres sobrino de José, porque estás maldito como todo el que lleve en la sangre el nombre de tu abuelo, este oscuro apellido, porque no eres como tu primo, porque trabajas mucho, porque no nos presentas a tu novia, porque sabemos bien, niño, que tienes una novia, porque no eres rubio, porque tomas café conmigo y sobre todo, sobre todo... ¿por qué tardaste tanto con el almuerzo?... tengo un hambre atroz, mi niño.

Lunes, martes y miércoles, trabajó repartiendo revistas y hubo un poco de dinero, así que compró pinturas para las paredes, cortó el pasto, se lavó los dientes con cenizas, se afeitó las patillas, podó los muros, pintó las ramas, descubrió nidos que alguna vez fueron de ratas, recicló todo lo que pudo, desayunó pan y agua, coleccionó.

El niño, de Isabel el niño, se orinó en la mesa, rayó las paredes, rompió los vidrios.

Él cosió los pantalones, conectó los cables, estudió álgebra, y compró mucho jabón.

El niño le pegó a la abuela, Isabel le pegó a su hijo y la abuela le pegó a Isabel. Él se tomó la sopa, impávido, a la cabeza de la mesa.

El niño tiró la comida al suelo, él, las tazas con el café y mientras limpiaban, al pequeño, infeliz, la madre le tiraba del pelo y las orejas, mientras una mano secreta le apretaba los testículos.

Si el infante gritaba mucho, el tío José no tardaba en bajar con los ojos en tinta, dispuesto a degollarlo (ya había pasado), mientras el pobre, que a pesar de sus diez años, aún no era capaz de hilar, con coherencia, frase alguna, se tocaba, burlándose con garabatos inentendibles, desafinados.

Bien conocido era el amor que por el tío José, Isabel profesaba. Decían los vecinos más crueles que ésta había sido violada por él, justificando la existencia del chico. Los más piadosos contaban que el hombre, al que no se le conocían compañeras, se masturbaba con periodicidad, y que Isabel, espíandolo con las manos secretas entre las piernas, sonreía nerviosamente deseándolo; entonces, una vez, en la que por descuido, el Señor José dejó esparcido el semen en una toalla, ella se embetunó los labios vaginales con ésta, para que así, a los nueve meses, naciera el fruto de su vientre.

La vieja fumaba más que un ejército de bomberos y no se moría. Se había caído tantas veces que no era extraño encontrar restos de materia gris esparcidos en los recodos de la casa. El alzheimer era el pan de sus días y la arteriosclerosis una molestia más en la cabeza. A la hora del almuerzo, siempre que nadie la observara, tomaba un par de fotos viejas de la familia y comenzaba a romperlas en pequeñísimos pedacitos para mezclarlos con lo que hubiese en el plato. El dinero lo escondía, mas nunca nadie sabrá dónde. Y los cigarrillos, uno tras otro, tras otro, tras otro.

La locura era acrecentada paulatinamente por el económico sabor de algún vinito tinto. Las pulgas y el niño eran un mal necesario, el cable a tierra por decir algo, y la ropa, sin lavar, delataba ambas existencias.

Con dolor vivió veinte años o más, nadie lo recuerda, nadie al tiempo, nadie a él. El desinterés, la inmoralidad y su consecuente inmortalidad lo condenaron como a cualquiera que osase invadir este malsagrado territorio infernal. Nadadie crecía.

Así, lo poco que le nacía hacer: garabatear palabras sobre algún papel, terminaba siempre arrugado dentro del bolso que venía lleno de ropas cuando llegó.

Cierto día, después de escribir, lo que él concibió como la última de las poesías, arrancar el papel del cuaderno, arrugarlo y arrojarlo en el hinchado bolso, se sacó los zapatos, tomó el bolso con una mano, se lo colgó del brazo y caminó hasta la mitad exacta de la cuadra, en la calle. A esa hora, los vecinos dormían la siesta. El bus, cómplice involuntario, venía a ochentaitantos por hora, y él se había percatado, agradecido, del detalle: cerró los ojos, giró sobre sus talones desnudos y dejó desvanecer su espalda recta, justo en el momento en el que el bus llegaba hasta él, desnudo, con un bolso al hombro.

Esparcidos algunos restos de su cuerpo, derramada toda su sangre y huido el chofer, los vecinos, alertados por el estruendo, la frenada, y la posterior huída, salieron a mirar y encontraron, con asombro y terror, un cuerpo, y miles de papelititos cortados en forma de rombo cayendo del cielo. En todos ellos una frase: *“a las palabras se las devoran los silencios”*.

EL OCUPADO

(existe otra versión del hecho)

Nadie comprendía a que se refería exactamente el hombre que sólo, solo, repetía: “*No hay tiempo, no hay*”, y caminaba a velocidades insospechadas, e inverosímiles, sobre todo, dadas las leyes físicas naturales a las que todo ser humano se halla condicionado.

Su respirar era como un jadeo perpetuo, no comía –cuenta la leyenda–, y a sus pies no los podías ver aunque cerraras y abrieras los ojos una y otra vez, simulando el complicado sistema de engranajes y obturaciones del que consta una cámara fotográfica. Sólo polvo cuando se lo observaba, una mancha borrosa, difusa, de brillo zapatos de charol.

Y el hombre sin tiempo pasaba, nunca inadvertido, nunca tomado en cuenta.

Las personas que lo conocimos, por decirlo de alguna manera (lo más probable es que ni siquiera el haya tenido la posibilidad de encontrarse tan sólo una vez consigo mismo) especulábamos sobre sus ocupaciones. Banquero, parecía ser la opción más probable; otros: que ejecutivo de cuentas de algún consorcio multinacional; y los de siempre *que ni me calienta*, pero con los ojos desorbitados cuando algo como un rumor corría entre las calles.

Ya lo veía yo en mis sueños tomando café con la derecha y cepillándose los dientes al mismo tiempo. Me figuraba que de tener hijos, estos ni se acordarían ya del rostro del padre. Nadie podía obtener una respuesta coherente de sus labios, él sólo pasaba asegurando-augurando la ausencia-inexistencia de tiempo.

Muchas veces me pregunté el sentido real de sus palabras. Es que, al decir “no hay tiempo”, ¿qué era lo que, este hombre, afirmaba?, ¿acaso el tiempo ya no existe o es que el tiempo se ha acabado? Comencé a dudar, a confundirme, a pensar: los relojes, las horas, los años, el paso de una luna a otra, el día, la noche... el presente se hace imperceptible, inabarcable; el pasado ha sido, ¿acaso vivimos en el futuro? Al referirnos al ahora, hablamos de un hecho acabado, ahora ya no es ahora ya no es ahora ya no es... Ha pasado el tiempo, la enunciación, cualquiera sea, sobre el tiempo, es absurda, y el futuro es uno sólo y miles, somos miles de yo. El tiempo ha sido agotado. Cada

instante, único, sólo pudo existir para una persona, es irrepetible, irreproducible, inconmensurable, incontenible, abstracto: la mente comienza a dislocarse, ¿es posible fracturar las ideas?, que alguien llame a los traumatólogos de la cabeza, si el tiempo es posible, la mente es innecesaria...

Con el correr de los soles lunas, idas vueltas, venires, partidas, voy vengo, danzas, una obsesión fue incubándose lentamente, primero en mi cuerpo, el tiempo, y luego en cada respirar: ¿es posible que se acabe, es acaso el ocaso un simulacro más?, o ¿la medida del tiempo es la que terminará por dislocarnos la conciencia?

Comencé a desarmar mi vida, preocupado, por el hombre, sus niños, su mujer, su vida, sus costumbres. ¿En qué asuntos tan importantes andará este ser? Se me venían, cuando no pensaba realmente en el tiempo, y sí en su comportamiento, mil ideas: Tal vez sea un científico y esté a punto –eternamente a punto– de descubrir la fórmula química de la felicidad, o el elixir de la eterna juventud, la piedra filosofal, la inmortalidad, el infinito desprendimiento sensorio espacial del alma, del hombre, o tal vez la cura de alguna nueva enfermedad. Tal vez sea un científico, y realmente su descubrimiento sea simplemente lo que anuncia: el fin del tiempo, no así de la vida. Simplemente el descubrimiento de un estatismo universal, o metafísico. Otras veces, se me ocurría que era un diplomático y el tiempo se le iba al tratar de limpiar su nombre, cada vez que lo ensuciaba, haciendo negocios para beneficio del estado; podría ser el chef de un importante centro culinario, y por eso, para mantener en alto el nombre de su cocina tan respetada andaría siempre en busca de nuevos ingredientes. Tal vez un músico, que preocupado por el sonido perfecto huía de la realidad respirando silencios ocultos para oídos mortales. ¿Sería realmente un hombre tan ocupado? Además no quedaba descartada la ridícula, pero, no por eso menos fantástica probabilidad de que él sea todo lo antes mencionado a la vez, o nada...

Nada de esto realmente tiene sentido, lo sé, pero de sensatez nada cuando se trata de obsesiones, y si en algo soy bueno, es en esto. Dejar que algo se adentre en mis entrañas y por toda una vida dejarme arrastrar por el sueño único de algún algo. Compulsivamente arrastrado a no detenerme en ningún nada, ya ni para pensar.

Les cuento: al principio sólo eran unos minutos al día, siempre empieza así, y antes de dormir lo seguía con disimulo unas cinco o seis cuabras. Nunca variaba su comportamiento.

Cuando me acostaba, antes de dormir, seguía, yo, siguiéndolo en sueños, volvía a especular sobre sus ocupaciones, sobre sus eternos trajes impecables, sobre el futuro de todos nosotros, que al lado de él, parecíamos sólo parte de una cadena imperfecta de seres intrascendentes, ya ni siquiera vivos. Pura especulación.

Cierta mañana me fue revelado el secreto: no formaba parte de ninguna entidad comercial, ni bancaria, ni financiera, ni de nada que tuviera que ver con el dinero que generalmente es lo que nos hace mover con exhaustiva prisa. Tampoco era científico. De hecho, el secreto no radicaba en responder a qué se dedicaba, aquello había perdido toda importancia... fue una revelación, un desencanto inevitable, quizá un encanto encadenado, concatenado, desconectado, desorientado, ahuyentado, así que ahogada la confusión, abrí los ojos respiré hasta diez conté con suspiros sin números me lavé la cara concluí con mis quehaceres matutinos y decidí seguirlo hasta el final sin pensar demasiado en lo que podría llegar a suceder simplemente caminar porque tarde o temprano, lo que tarde o temprano ocurra, dejará de existir y tal parece que el tiempo se acaba de una forma incomprensible inexplicable ininteligible absurdamente compleja simplemente se acaba termina no hay tiempo no hay.

LLAMAME MÁS TEMPRANO

Suena tres veces el teléfono, y no lo contesto. Son las tantas de la madrugada y sigo esperando en mi madriguera a que llames. Juro no contestar hasta tener la certeza que serás tú.

Tres veces más, levanto el tubo que ya no tiene forma de tubo, ¿tuvo alguna vez esa forma? Sin mirarlo vuelvo a colgarlo, pero no pende en ningún lado, todo lo contrario, colgado el teléfono se haya más que firme... cortado, expreso... irreversible.

La noche transcurre impasible y silenciosa. Ni los perros que a lo lejos discuten entre ladridos dirigidos a cualquier sombra brisa pueden alterarla. Yo aterrorizado vuelvo a posar mis ojos sobre el disco, y se que no están los números para llamarte (ahora son botones) y es por eso que espero ansioso tu llamada.

Otra vez suena el teléfono.

– ¡Déjalo descolgado, por favor! – escucho desde el fondo de la casa, grito femenino.

– ¡Qué manía de asesinar a las llamadas y hacerlas pasar por suicidio! – sé que susurró la voz ausente y perdida otra vez en sus sueños, una voz que no escucho, que presiento. Mi hermana se volvió a dormir.

Vuelve a sonar, y esta vez contestaré. Me tiembla el pulso, el respirar y el alma, y vuelve a sonar... doble onomatopeya. Contesto. Eres tú, madre, desde cualquier roca, parte de la tierra y desde profundidades desconocidas, eres tú, adherida ya a otras historias, fundidos tus huesos, agotados los instantes preciosos, alejada, bajo tierra. Y preguntas cómo van las cosas, y me cuentas que te han salido muy bien a ti... y que bla bla bla por doquier.

- Lo sé... no sé qué decir – con la voz hecha un hilo, murmullo, temblor. Mientras sigues con tus comentarios y tus preguntas sobre los vivos y los que ya ni tanto.

Cuelgo al rato, sin adiós. Y decido que será la última vez que contestaré el teléfono a esta hora. Me levanto del sofá, imaginen, cierren los ojos por favor, e imaginen: *Camino. Salgo de la casa. Respiro. Ladra un perro y las estrellas se preguntan si podrá resistir esto por mucho tiempo más. Las miro y sin decirles nada decido que esa habrá sido la última vez que he escuchado el*

teléfono, y que esa habrá sido la última vez que hube mirado al cielo, y que será, sobre todo, la última vez que mis pulmones habrán de ahogarse con este insulso y ya inútil oxígeno. Final fatal.

DE CALDO LAS VUELTAS

- ¡El caldo está listo! – gritó la mujer en el interior de la casa. Y del lado de afuera, yo, mirando la escena a través de una de las ventanas, todavía esperando el momento preciso para entrar en acción.

Mientras tanto, pienso en lo que dice la mujer, y te me apareces, proyección de lo que fuiste, probablemente pase mucho tiempo antes de que yo te olvide. Nunca odié tanto, a nada, como a tus benditos caldos, yo creo que lo sabías y te hacías la *ñembota*. Y por el contrario, me insistías incesante, solícita, cada día, sin importar si hiciera frío o calor, y aún peor, si bien, a veces, variaban los ingredientes, el resultado era siempre el mismo, durante todo el tiempo que estuvimos juntos, nunca un arroz, o un puré, nunca otro menú. ¡Bah!, no caben otras palabras: insoportable. ¿Te acordás? Una mierda, ¡joder!, la monotonía, caldos, to-dos-los-días, ¡carajo!, y para colmo, con este calor de mierda, todo el año.

- ¡El caldo, dije! – retumbó, por segunda vez, la voz, desde adentro, que casi me despertó. No te saco de la cabeza, es la cena de esta casa, me voy a vos, otra vez, a algún tiempo pasado, mientras el momento propicio se va, acá.

- Hola mi amor, ¿cómo estás?, ¿qué hay de almuerzo? – esperando una sorpresa, resignado ante lo inevitable. Vos, con la sonrisa maniática, tratando de encontrar en mí una mirada cómplice, una mirada absurdamente cómplice, desatando mi desazón, sazonando el líquido de verduras.

- ¡Ay, si ya sabes!, está exquisito, ¿te sirvo? – ahora, me pregunto yo, como me lo preguntaba entonces: ¿disfrutará haciéndome esto?

- ¿Hay alguna opción? – susurré, agaché la cabeza, comenté algo sobre el clima para sellar todo con una hipócrita sonrisa.

Entonces, en aquel tiempo, yo dudaba de su cordura, hoy estoy seguro. Es que aquello no podía ser normal, que todos los días del año es caldo y que si no es caldo de pollo, será de carne, o de verduras, una pizca de sémola, licuar, una dos tres papas y tres dos un zapallo, más fideos,

entonces no arroz. Sal a gusto, fuego lento, revolver, 6 porciones (somos dos), recalentar (porque no se puede tirar), platos hondos y cucharas (¿alguna duda?), mantel limpio para la mesa, servilletas de papel, nunca hay papel en el baño, pan (para la gente de la calle el de ayer) y para mí, nada mejor: pan con pan.

- ¡Mmm!, exquisito – comenté sonriendo, apretando la sonrisa entre los dientes.

- ¿Y...? ¿Van a venir a tomarse el caldo, o voy a tener que traerlos de una oreja? – ladró la mujer, mientras afuera el perro se relamía los bigotes con un pedazo de mi carne, arrancada de un mordisco poco después de que apareciera el primero de los niños, adentro, en la cocina o el comedor. Yo afuera, todavía aguardando, recobrando el sentido gracias al primer mordisco, y después los otros, perro rabioso, que del dolor me hicieron bajar la presión, y un poco de inconciencia también. A partir de este punto todo lo que ví fue desde una nube densa de sangre, mordiscos, ladridos, olvidos.

Antes de desmayarme completamente, todavía escuché:

- Es que a mí no me gusta la sopa, má... – quejumbrosa la voz y confusa mi interpretación.

Y la madre todavía respondió:

- Ya sé. Por eso les hice caldo – calló, hizo una pausa, prosiguió: – El perro ladra, siéntense a comer, voy a ver que pasa.

- Pero no quiero comer...

Me desvanezco, mientras el perro cumple su misión. Supongo que la mujer viene en camino, que terminaré en alguna comisaría o, en el mejor de los casos, en algún hospital. La voz de la mujer se acerca, y sigue diciendo:

- ... basta ya! Dejá de quebrarte, mi hijo, lo que en África suceda, captadle la minucia de calendo y si púlanla le correntio sistamplo de elícuos porque laisterio no mi ñoñilson se mentéis lo palacio, así que ¡a clovicar! Acre, et magna, quam deo esse sum ego longio.

No imagino que habrá respondido la vocecilla, no imagino qué hubiese respondido yo ante una explicitéz de esas. ¿Alguien cree que con esos argumentos una madre podría...? ¡Ay!, la mía se ha

ido, y sin embargo, debo admitir, fue lo mejor que pudo hacer, aunque yo, durante todo este tiempo no la haya echado en falta, a veces le extraño. Es que no se puede pues... cuando hace calor... Irene, sí, ¿te acordás, verdad?, ya no necesitás más datos. Tus endemoniados caldos, maldita Irene, ¡oh, amor mío! Mi madre, tus caldos, tú. Ya nadie queda, excepto uno, uno es siempre al final el único final. A través del caldo me pierdo, me hago licuadito de mí mismo, me fundo, soy una salsa de asco.

Irene, voy mirando y ya no observo, recordando nada entiendo. Lo sé, no hubo ni habrá caldo más rico que el tuyo Irina... Irena... Irene, ¿Irán los pollos a algún lugar cuando uno se los come? Paraíso de pollos: caldo de ti.

Abrí los ojos y el recuerdo de la voz en aquella casa todavía me retumbaba, perturbación, en la cabeza, ruido casi imperceptible, pero por eso más molesto. Zumbido con eco en el hueco parietal del cerebro, ¿qué se yo?, algo así oí de este lado, con los ojos cerrados, en el instante en que pude sentir algo. No obstante, y a pesar del gran esfuerzo, no podía, todavía, deducir ni el dónde, ni el por qué de mi cuerpo.

Después de un rato con los ojos abiertos, por fin pude ver, (porque abrirlos es una cosa, ver, nada tiene que ver con eso), me di cuenta que en este hospital los enfermos no eran del todo bientratados: había mucha gente, algunos sentados, muy apretados en butacas que se me antojaban indescritiblemente incómodas, y otros tantos, no tan enfermos, que se dedicaban a emitir juicios y apreciaciones del tipo: diez días, quince miligramos, adenoides, evolución positiva, y conversaciones que siempre terminaban rimando con odenol, caledona y escamarina.

El oficial a mi lado, vigilándome a través del rabillo del ojo, mientras hojeaba una vieja revista, sin prestarle demasiada atención, al notar que yo lo miraba, se dirigió a mí:

- Y... bien boludo lo que sos vó – hizo una pausa, respiró – y para ser ladrón nomá te digo, – volvió a tomar aire – Tené que atender má chamigo, si no, muuucha vece lo que te vas a ir en la cárcel – se atoró tratando de contener un risita, y tuve que apretar el timbre para que viniera una enfermera.

¡Un tremendo imbécil!, pensé. Distraído, justo antes de robar. Como siempre, una vez más y otra vez: ¡culpa tuya, maldita seas Irene, maldita mi madre y malditos los caldos de siempre!

- ¡Es él, es él! – histérica la vieja que entró gritando mientras su índice se me hunde en la piel, sin tocarme, perforándome uno a uno cada hueso.

- Y... eso ko ya lo sabemo – piensa el oficial, busca las palabras, no las encuentra, revisa el manual que aprendió de memoria, no discierne. Apenas recapacite, cerrará sus ojos y recitará: – calmesé, ¡ish!, nosotros mismo lo sacamos de su patio cuando ese su perro se lo comía –. Luego, al terminar de decir esto, recordó que más temprano le había faltado aire, entonces, descansó y concluyó – o, ¿ya se le olvidó?

Maldigo, y repito, entonces, que merezco la muerte. Maldigo mi nacimiento y se me hace eterna la vida. El final que busco y no llega, jamás, el final, por blasfemo y otras absurdecilidades de esa índole, supongo que aquel me castiga, que lo miro y que me niego a creerle, a creer en él.

Todo después de entonces pasó muy rápido: cárcel sin juicios ni condenas, directo al tacho, segundos primero, minutos-tic, luego horas días semanas-tac... meses... años: cuatro.

«Un niño debe haber nacido» se me ocurrió, por carencia de otras realidades. La vida afuera continua su cauce, la vida, su ritmo, el afán, el universo, los divagues, claro, niños que nacen todos los días, en todos los confines del mundo, naciendo, muriendo, llorando, mujeres pariendo, abortando y yo esperando, alguna vez, poder descansar en paz. Desde aquel inmundito basural, patio trasero de la sociedad, ni una hembra a la cual preñar. Puro divague, fraseo al azar con la boca descerrajada, la mirada al cielo algo desquiciada. Algún niño tuvo que haber nacido, alguno tuvo que haber muerto... ¡cuánta envidia!

Cuando me dejaron salir, fue así, como que no quiere la cosa o como que no me quieren en la casa. De un día para otro las puertas se abrieron. Salí. Caminé y me senté en el primer copetincito que encontré. Una cerveza y un plato hondo con lo inevitable, por favor, y un limón. Sí, espero. Tratando, tal vez, de reiniciar esa enferma y casi patológica relación de amor odio con el caldo.

Le pagué a la mujer con el billete que me tiró Gamarra, sorbí el último vaso y me fui mirando el suelo. Pateando una puta piedra, saltando en un pie, silbando una canción – que ahora se me antoja algo anticuada – cayendo al piso mientras los demás niños se burlan, esperando que mi madre venga a pegarme por ensuciar la ropa, o esperando simplemente ser prisionero otra vez en el cuarto: en este, al oeste, el de hora, un cuarto y tal vez no ahora, o el de la luna menguante.

Mirando desesperadamente cómo el grito, o al cinto dibujándome la espalda exasperada, con los ojos salados, las rodillas saladas, los mocos chorreando, el blanco sol de aquel verano denso, como todos los que vinieron antes, y los que volvieron a caer después, la proyección gris de algún futuro diferente, con un poco más de color. La dura vida por delante. ¡Verde esperanza de esperar esperar es aburrirse aburrir verde es no hacer nada vacío sentarse sopor verde inmóvil inútil ver de color odio el color ver de pronto sentir que nadie ve lo verde putrefacción verde Lorca, verde azul! Haciéndole favores a la humanidad la dura vida verde, la duda obstinada del oscuro porvenir. Oscura la duda y más que oscura, opaca la duda; obstinado el porvenir y la obstinación de color violeta. Los piojos que – lo siento, me resigno – jamás abandonarán mi cabeza, la muerte ansiada y esa otra ansia que me empuja, y que evita que piense que sé, o que sabré, al menos, que en un par de infiernos, lo que ocurrió, volverá a ocurrir otra vez, una mañana, o en el peor de los casos, ayer, como ahora, el cambio, el mañana y el ayer paralelos, en mundos paralelos y mi conciencia en los tres horas.

Ahora pasópasandopasaré ¿rasapado sanpasopa, atonolón?... no poder evitar la obsesión por el caldo, la obsesión por Irene, la obsesión por tu muerte, que una y mil veces me atormentará, madre, cada veinte o treinta años, cuando me pierda en el patio de una casa con olor a caldo olvidos recuerdo verde. El dolor de saberse eterno y deja vu, violeta el deja vu, por terco, repitiendo cosas que no han pasado y pasarán, dijóu ta velatú, espiral soy prisionero soy espiral.

- ¿Más café?

- Negro por favor – el último del día. Diez a.m. y ya estoy comenzando con los temblores – nada más, gracias.

Por la vereda del frente Samuel pasó por tercera vez desde que hube llegado. Esta vez se hizo el tonto: ni el dedo del medio, ni nada. El sol trémulo, pálido, agazapado, deslizándose sus rayos entre nube y nube con delicada intermitencia, y Samuel ridículo con su gabán azul raído, como si fuese a llover, como si él fuese un tipo interesante, convencido de formar parte de alguna mala película gringa.

Pero Samuel trabaja, cumple pagando sus cuentas, a sus acreedores. Alguna vez pagó las clases de yoga de su ex mujer, (¿clases?, ¿terapia?, ¿ejercicios?), también el colegio del niño, que no es su hijo, pero que se quedó con él, y la cuota de la TV de 29” que lleva un par de años ya sin funcionar. Samuel ridículo sin plata para cambiar el gabán, pagando una cuota infinita por un televisor que ni siquiera puede ver y el colegio de un niño que ni siquiera lo llama papá.

- Gracias

No espero a nadie, tomo café acá para no morir ahogado en mis dudas y poder espiarlo un poco, de paso, de incógnito. Tomo café, y sé que me hace mal como todo lo que me produce placer, para que cuando esté muriendo pueda maldecir la hora en la que comencé a adorar, como a los cigarrillos y las mujeres de otros, al café.

No acostumbro a leer cuando tengo la taza frente a mí, ni escribir. Muchas veces ni siquiera logro hilar una idea. Me siento y observo la taza girando oscura, y huelo placer. No acostumbro a disfrutar levemente de mis placeres, me entrego, siempre sin medias tintas, por completo, y eso es lo que termina destruyéndome. Ni la cafeína, ni la nicotina, ni el tener sexo sin condón, sino entregarme tanto a lo que me posee que tener que temblar a esta hora me parece natural, y saber que luego vendrán doce o quince cafés más, aunque como todos los días me haya tomado el último a las diez de la mañana.

Samuel entró alrededor de veinte minutos más tarde y se acercó a mi mesa. Se sentó sin mirarme y vociferó:

- ¡¿Qué diablos venís a hacer todas las mañanas acá?! Por lo que más quieras, ¡deja de seguirme!, ¡dé-ja-me-en-PAZ! – marcó cada sílaba de esta última frase, acentuando la última palabra.

Le sonreí, y propuse que bajara la voz – Ni lo pienses – concluí.

- ¡Sos una mierda! – volvió a gritar.

- Tomá, unas monedas, cambiate esa porquería que tienes encima. Si vuelvo a verte con ese gabán no vuelvo a dirigirte la palabra – modestia aparte, mis sarcasmos son algo que podrían volver loco a cualquiera, entonces hago caso omiso a sus ofensas y espero, como siempre, su sentencia, sólo para verle lo García en el gesto molesto, para saber que es sangre de mi sangre. Cúmulo de malas palabras y Samuel a la calle otra vez.

Él sabe que no puede, realmente, librarse de mí, y yo, entre no volver a verlo y hacerlo así, en medio de tanto insulto, y generando toda esa rabia en él, prefería esto último. Mal que mal, es hijo mío, tengo todo el derecho del mundo.

Después del encuentro, me dirigí a dar clases a la Católica: cada miércoles debía hacer de tripas corazón, saludar con un respeto indiferente a todo el mundo y tener que ver a María Inés. Sonreír como un cristiano feliz y soportar, durante hora y media, comentarios tan inverosímiles como absurdos: que si Dulcinea era la mula de Sancho Panza o si Otello era el nombre del castillo en el que Shakespeare había muerto degollado por asegurar que la tierra era redonda.

María Inés esa mañana no me vio pasar. Mejor, pensé, porque es la única persona en el mundo que puede, aún, hacerme suspirar sin que yo pueda evitarlo.

- Profesor, ¿el trabajo era para hoy? – uf, este también me arranca suspiros involuntarios... un estudiante de esos que pueden molestar con la sola presencia, siempre acicalado, camisita dentro del pantaloncito de tela, mocasines impecables, jersey sin mangas, pelito impecablemente engominado, pulquérrimo el niño en sus calificaciones y en su estética, pero de conocimientos nada, pura

memoria. Niño de misa martes y domingos, con novia-buen-partido célibe hasta el matrimonio, porque él mismo es niño-buen-partido, aunque no célibe, pero ¡qué importa!, es un hombre. Cine los domingos, cena con los suegros jueves, viernes de recogimiento y sábados haciéndose el amor con las manos gracias a internet, de una a tres de la mañana. Onanista despreciable.

- No.

- De todas formas ya lo hice. ¿Puedo entregárselo?

- Sí, pero espera a que entremos a clases – me resigné.

Hablo de temas que por repetidos ya ni los pienso. Respondo mecánicamente a cada pregunta, porque cada año se pregunta exactamente lo mismo, nunca un aporte. Excepto, claro, aquella vez en la que, este chico, Tagliani, o algo así, medio italiano, se acercó a mi escritorio y me pidió que lo excusara, y yo sin entender lo miré y vi el desquicio en los ojos brotándole a chorros: entonces como si nada, tomó el escritorio con las dos manos mientras yo me paraba, alejándome, y lo azotó contra la ventana que da a la calle, mientras yo sacaba un cigarrillo del bolsillo y me movía poniéndome cerca del pizarrón para no salir herido, pero sobre todo para tener la excusa perfecta al no hacer nada, y las alumnas que comenzaban a gritar, y él que más loco se ponía, hasta que tomó a una de la cintura y le dijo algo así como que le pertenecía, y salía corriendo con la niña entre los brazos de la sala para llevársela quién sabe hasta dónde, siendo perseguido inmediatamente por los compañeros entre asombrados y divertidos. Aquella vez, pero ya no pasan esas cosas, máximo una cita para subirle la nota a alguna alumna.

Cuando todo terminó, después de una clase brutalmente aburrida, me encontré en el pasillo con María Inés. Ella debe pensar que todavía siento algo, tal vez atonolís. La invité a almorzar y movió la cabeza de lado a lado. La acompañé en silencio al auto, subió sin palabras, se me taparon los oídos, cerré la puerta que no hizo ruido alguno y en el más absoluto mutismo se alejó, sin siquiera volver la cabeza para verme, adolescente triste, mirando cómo se alejaba, una vez más.

Inmóvil pensando en qué estaría pensando quedé, hasta que un bocinazo me sobresaltó, saludé a un alumno y volví en mí. Caminando seguí sumido en mi mente, sabiendo que ella sabe todo lo que

pasa con Samuel, que probablemente esté de acuerdo con él, que tal vez haya sido ella la que le recomendó el comportamiento a seguir conmigo. Sin embargo, no puedo reprocharnos nada, ni a ella, ni a Samuel, ni a mí.

Al mediodía, llegué a mi edificio. El infeliz que trabaja de portero me entregó el paquete que esperaba y un par de cartas que supuse cuentas a pagar. Estaba harto excitado con los libros que había encargado, sin embargo mientras abría el paquete de libros, una de las cartas, que yo suponía cuentas, me llamó la atención, hice a un lado el paquete y tomé el extraño sobre. ¿Cómo es posible escribir mal la palabra calle?! Olvidé mis libros durante largo tiempo, absorbo en el sobre sin respeto. La grafía me era familiar, pero no podía recordar con claridad. Abrí cuidadosamente el sobre, venía sin matasellos, y dentro, una hoja suelta. Leí la nota, terriblemente mal escrita con una letra femenina atestada de palabras inventadas o rebuscadísimas que me pedía una cita esa noche en el bar de un hotel. Firmaba Paula.

Paula era, actualmente la viuda de Ramiro Antúnez, un amigo de toda la vida. Sin embargo, ella fue mucho más que eso, y él años antes de morir ya me había retirado la palabra. La cuestión sucedió, si mal no recuerdo, así: cuando dejé todo (mujer, hijo, vida) por unirme a ella, y ella había abandonado a Ramiro, (que no era aún su marido), él, que la amaba tanto, supongo yo que en un raptó de desesperación se me acercó una mañana en la calle con un arma en el bolsillo y otra en la mano, “Para ti, hijo de puta”, dispuesto a batirse a duelo conmigo al día siguiente en el Parque Fundición. Aunque lo hallé sumamente anticuado, me presenté en el lugar a la hora prevista. Esperé horas, y después nunca más los vi.

Por esas cosas de la vida supe que habían partido a otro país, no supe cual, tampoco pregunté. Después de ocho años de amor tropical, o antártico, quién sabe, el pobre Antúnez murió de un derrame. Esa fue la única vez que Paula volvió a ponerse en contacto conmigo, a través de un telegrama formal, corto y conciso y preciso y nada de nada.

Cuántas veces pensé como hubiesen sido las cosas si yo lo mataba antes, o él a mí, o si juntos matábamos a Paula, o si Paula nunca hubiese existido. Si María Inés nunca hubiese entrado a mi

vida. Si Samuel era el que moría para salvar mi matrimonio, si la vida fuese otra cosa, si Samuel matara a su niño, si su ex mujer volviera, si el puertorriqueño ladrón de mujeres, marido de mi ex nuera, se iba preso, si yo fuese otra persona, si yo fuese la misma persona pero de otra forma, si ahora yo pudiese cambiar. Pero nada de falálacias, nada en verdad es factible de hipotetizar, lo que fue, fue, lo que será, será.

Entonces, Samuel nunca va a perdonarme, por más que lo acose, María Inés no volverá y yo sin sentir siquiera incomodidad por estos hechos aparecí en el lobby del hotel a las nueve treinta, me tomé el último café del día y Paula llegó flor podrida. Sonrió antes de sentarse y conversó de cosas inexplicables por un espacio de veinte minutos. Sin comprender demasiado sus metáforas y prácticamente nada de lo que decía, la vi yendo al baño, alejándose una vez más de mí, pero ahora, para siempre, o nunca jamás, que es igual.

Después vino la rutina que siguió con la muerte de María Inés Duarte y de Samuel García Duarte, el suicidio de Martín García, mi único nieto, (aunque no de sangre), que fuera hallado colgado en su dormitorio, a los veintitantos por no encontrarle norte a su vida, pero sobre todo por sentir en su sangre el peso de ser un García, (según la ridícula carta de adiós que firmó como Samudio para que nadie lo relacionara conmigo). Yo pagué cada una de mis culpas sufriendo insensible la evidencia de mi soledad, sintiendo no tener culpa de nada, haciéndome pasar, ante mis ojos, por inútil y bebiendo cada café, siempre el último, fumando sin sentir mis pulmones, acostándome con mujerzuelas sin gozar más que al verlas vestirse y partir, despertando, cada mañana igual a la anterior, tan arrogantemente vacío, sin embargo no necio.

PRIMERA MISCELÁNEA DE LUNARES

Sobre el trágico y catastrófico caso de lunares hay tan poco que decir. Es más, no hay más que una cosa: es realmente trágico y catastrófico el hecho que los lunares se pierdan.

Porque, ¿a quién no le pasó alguna vez siquiera?: Que de pequeños o en algún momento – siempre hace mucho tiempo– mamá, o la novia buscante de lunares que todos alguna vez tuvimos nos haya contado que ¡oh!, mi niño, es que tienes un lunar justo en el centro de la entrepierna, o en el punto medio exacto de la nuca, ahí donde se te acaba el pelo, donde mueren unas caricias para renacer en otras y comenzar la espalda. Lugar, al que por razones físico morfológicas no hay posibilidades de acceder más que con un sofisticado sistema de coordinación y concatenación de espejos... ya saben, uno ahí, directo a la zona donde, en teoría tenemos el lunar, otro pegado al techo para hacer contrarreflejo y finalmente el tercero, en la mano... y he ahí lo dificultoso, no sirve uno pequeño en este caso, siempre tienen que ser dos o tres espejos grandes haciendo un juego complicado, de un tamaño complicado... y como el asunto resulta irrelevante... ¿alguien se habrá tomado alguna vez siquiera dicha molestia?... (deberían hacerlo).

Pues bien con el paso de los años uno crece, y se olvida de los lunares y de aquella novia buscante de lunares y uno rehace su vida, o intenta hacerlo con otras mujeres, y aquí lo catastrófico, enredado en sábanas con una mujer, por primera vez con esa mujer en la cama a uno se le ocurre, para acrecentar el apetito por el juego sexual, haciendo que todo parezca una casualidad, lo del lunar, y como que no quiere la cosa, que tengo un lunarillo, ahí, justo ahí cerquita de tus besos amor mío, ¿quieres verlo?, búscalo, te daré un premio. Entonces, ella que está dispuesta siempre a lo que uno quiere, no duda y asiente, (y aquí lo trágico). Después de unos minutos sexuales de búsqueda el lunar no es encontrado, y uno insiste, porque está seguro, y ella que lo acepta todo quizá incluso por gusto, se afana, sigue buscando, olfatea, olfatea mucho pero es inútil, y comienzan los desesperos: ciertas partes del cuerpo comienzan a decaer y todo se vuelve búsqueda frenética de lupas, anteojos de la abuela, bastones, espejos, catalejos, binoculares, trinoculares hindúes, perros guía, entra gente: alumnos guía, profesores guía, auxiliares, profesores anexos, suplentes, todos

buscando, y no se encuentra el lunarillo, y uno, claro, se desespera, entonces también uno busca, y se contorsiona ya parece malabarista, y se tuerce el cuello y le da tortícolis, le crujen los huesos y le da artritis, se le cae la baba y se sufre de salivitis, se cae uno de la cama y los demás se ríen, por lo menos veinticinco personas dentro de la habitación que después de reír le buscan el lunarillo.

Al cabo de cierto tiempo lo concupiscente del asunto deja de ser prioridad y se convierte en desenfreno y desengaño... ¡me mentiste!, no tenías un lunar dónde dijiste... y uno que jura de panza y con las patitas sin tocar el suelo y que si lo tengo, mi amor, no te engaño.

Pero de pronto, así, intempestivamente un recuerdo. Y ahí uno calla, porque ya es tarde, mientras las veinticinco personas: alumnos, maestros, anexos, la abuela, el perro y la mujer impacientes, sabiendo que hay algo nuevo en la investigación esperan. Mientras uno se acuerda de algo, que preferiría olvidar, pero que a estas alturas ya es imposible porque todos esperan esas palabras, porque a uno, a esas alturas ya se le nota el error, y como hundiendo entre los hombros la cabeza uno comenta algo medio inentendible pero que suena a después de una ducha salió...

Y no. Parece que no era un lunar, pero yo sé que debe estar en algún lado, en serio, no se desesperen, sigan buscando, juro que existe... y no está, porque definitivamente no era un lunar, no existe y uno ya sabe eso, uno ya se acordó de la novia buscante de lunares o de la madre que... ja ja, si era una basurita nomás mi niño, ja ja... y eso es siempre trágico y catastrófico, porque ya no puede, uno, decir nada más, y menos a estas alturas porque la mujer, la actual, después de vestirse, toma de la mano al alumno guía que hacía rato le hacía gestitos, y al perro que mueve la cola, y decide partir a otro lugar para estar a solas, para no tener que buscar nunca más un lunar, y porque también tiene que saciar su sed de caricias.

Entonces, uno ahí, se queda solo, las veinticinco personas se retiran, casi todos enojados con el mentiroso inventa-lunares, excepto la abuela, que nunca se enoja con el niño, y el ciego que se ha quedado sin perro. Pero todos los demás, muy enojados, se retiran y uno queda solo, o con la abuela que se ofrece para preparar la merienda y el ciego que tantea un poco el nuevo espacio.

Lo que esto nos enseña por ende es que: más vale un billete mojado que mil monedas en los bolsillos de otro. Entiéndase como guste.